

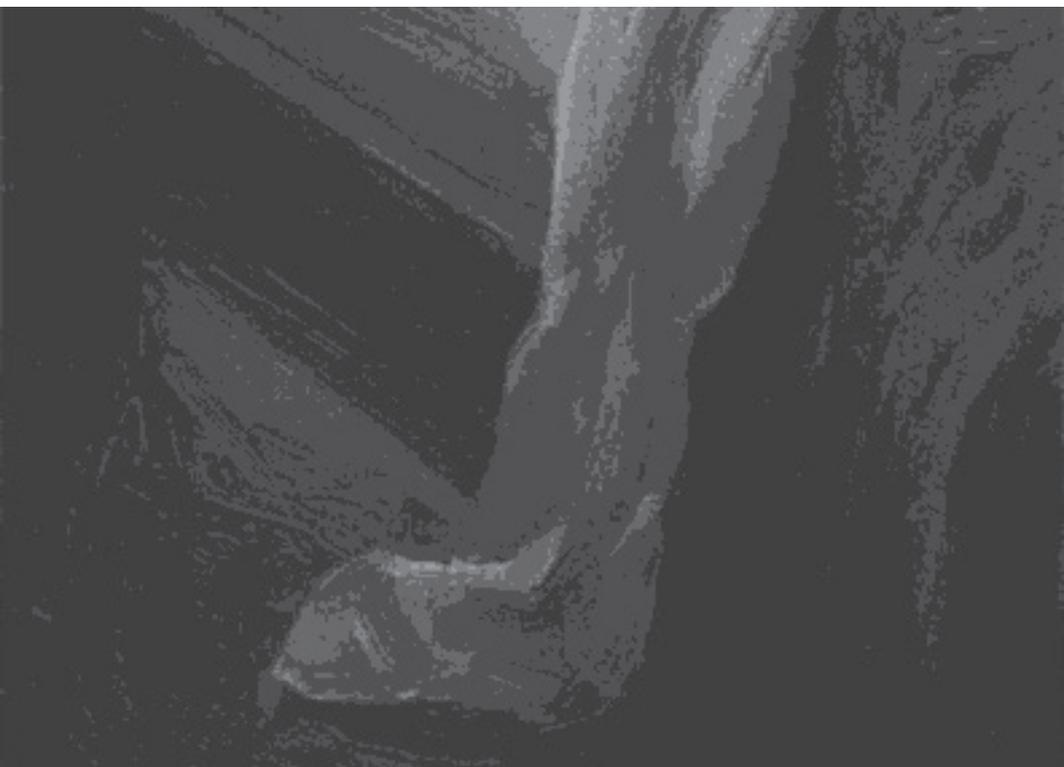
BORRONES

Blanca Salcedo





Borrones





Colección Libros
Imposibles



Borrones

Blanca Salcedo

COLECCIÓN LIBROS IMPOSIBLES

-2025-

Salcedo, Blanca.

Borrones / Blanca Salcedo --1ª ed.--

Coedición | EntreTmas Revista Digital & Agulha Revista de Cultura, 2025.

102p. 21 x 14 cm. <Colección Libros Imposibles ; 52 >

<Digital>

1. Prosa poética argentina . 2. Literatura argentina.

I. Título.

Primera edición, 2025

Colección Libros Imposibles #52

© *Borrones*

© Blanca Salcedo

Diseño editorial:

Melvyn Aguilar

Portada & ensayo fotográfico:

Florianio Martins

Coordinación editorial:

Juana M. Ramos

Corrección filológica:

La autora



TEJIDO

—Volveré —le dijo él tras un beso intenso y comenzó la espera.

Pero ella no sabía tejer y no se llamaba Penélope, por eso es que ahora se sienta con su marido y sus dos hijas a disfrutar la cena.

Y a veces piensa que, si él vuelve, encontrará vacía la vieja cama.

VERDE

Cada vez que llegaban los golpes cerraba los ojos y una luz verde se prendía frente a ella. Cuanto más fuerte era la golpiza, más brillante se hacía y veía como un camino que se hundía más allá de su cuerpo. Ese resplandor era como una manta que la protegía, la alejaba de la realidad. Tardó años en saber que para el puño que la torturaba todo era rojo.

La primera vez fue cuando la maestra vio marcas en sus brazos y el director llamó a sus padres. El resultado fue que la cambiaron de escuela y los moretones comenzaron a alojarse en zonas que no se veían. Aquel director nunca supo que el hombre que se presentaba como su padre no era más que un ser que vivía con su madre y se alimentaba con una bebida clara que no era agua.

Cada año, su camino verde era más largo y su odio al rojo era una piedra en la boca del estómago. El silencio de su madre era una niebla gris que ella se empeñaba en no transformar en lágrimas.

Años así hasta que tomó un camino cualquiera y no miró jamás atrás. Larga senda silenciosa que la llevó lejos, que era azul y la hizo descansar de otros colores. Así lo encontró a él... él era el puerto donde ancló un corto tiempo, de donde lo sacó un color negro de abandono, porque la muerte se lo arrebató.

Han pasado los años y todos la honran, alaban y admiran. Ella es casi sombra. Pintar la ha hecho famosa. A nadie explica que sólo expulsa de su interior los colores que la atormentan desde la infancia.

INOCENCIA

No fue mi culpa, toda fue de él. Claro que éramos los mejores amigos, Desde la adolescencia que andábamos juntos. Nos gustaba la misma música, las lecturas, las películas. Parecíamos hermanos gemelos. La gente solía creer que lo éramos, los que no nos conocían, por supuesto.

A los dos nos gustaba escribir. A mí me atraía la poesía y a él la narrativa. Pero siempre nos leíamos, nos corregíamos. Nuestra ciudad nos parecía chica y sin esperanzas, así que nos mudamos a la capital. Yo conseguí un empleo fijo, no me pagaban mucho, pero alcanzaba para el alquiler de la ratonera donde vivíamos. Él hacía changas, tomaba trabajos temporales, y eso era suficiente. No teníamos mucho, pero estábamos felices. La gran ciudad tenía mucho movimiento cultural, muchos lugares donde se reunían los intelectuales y dedicábamos los fines de semana para ir a conocer gente. Vida bohemia, la mejor vida para nosotros. Éramos Rubén y Julio, el par invencible.

Entonces nos presentaron a un escritor consagrado. Estábamos deslumbrados. Era un tipo simpático, a pesar de todos sus premios se mostraba sencillo y atento. Nos permitió leerle nuestros trabajos, hasta nos invitó un par de copas y nos citó para la semana siguiente. Salimos flotando. Ése fue el principio de todo.

En unas pocas reuniones fue obvio que sólo le interesaba lo que Rubén escribía. Ponderaba cada palabra, incluso algunos textos que eran verdaderamente malos. A mí me cortaba a la mitad de la lectura o, simplemente, no me permitía leer; me decía que le diera mis escritos, los ponía en una gran carpeta de piel que siempre llevaba y, estaba seguro, jamás los leía. Sólo le importaba Rubén.

Literalmente, sólo le importaba él. Yo, que siempre fui un ingenuo no me daba cuenta de que a ese notable personaje no le gustaban las chicas y que mi amigo lo tenía loco, no

precisamente era un interés literario. Cuando me lo dijeron ya era tarde. Yo le había plantado cara a mi amigo, diciéndole que me estaba dejando a un lado por ese tipo y él, sin ningún tapujo, me dejó bien claro que ese hombre representaba su futuro y que ya había elegido, por eso se iba a mudar, se iba a vivir con él.

Como le digo ya era tarde. No pude decirle nada de lo que el otro pretendía de él. Tiempo después me enteré de que lo había agarrado a trompadas cuando quiso algo más que una lectura. Le dio una paliza en el departamento, al que se había mudado como un idiota. Pero no volvió conmigo, calculo que por vergüenza.

Yo seguí como siempre, pero él se hizo famoso. Sobre todo, porque la historia de la paliza fue la comidilla de todos los del ambiente. No digo que no me alegré por él, sólo que me dio un poco de tristeza que se hubiese olvidado de mí. Aunque siempre tuve la esperanza de que volvería cuando se le pasara.

Por eso fui a la presentación de su libro. Había mucha gente, hasta la prensa estaba. Se lo veía feliz y yo compartía esa felicidad. Esperé que se despejara un poco y fui hacia él con un ejemplar de su novela, sonriendo...

Le digo la verdad, no me di cuenta de que lo había matado hasta después. Es que no pude soportar que me tratara como un desconocido, que ni siquiera me saludara. Lo que le dije, fue toda su culpa porque siempre fuimos los mejores amigos del mundo...

MASCOTAS

Llegó a mi casa como un perrito lastimado. Por eso, probablemente, lo dejé entrar. A esas alturas yo tenía tres perros y cinco gatos; había decidido que ellos eran mejor que un hombre. Las mascotas no te lastiman, te quieren sin condiciones, son la mejor compañía. A él lo recibí como otra más, herido y triste, era otro animalito infeliz que necesitaba cobijo.

Lo curé como a mis hijos adoptivos, en lugar de vendar las patitas o deshacerme de pulgas y garrapatas, escuché sus historias, consolé su alma, lo comprendí y le di mi afecto calmado, una sonrisa, una palmada... lo traté como si fuera uno más de mis protegidos.

En unos meses, se recuperó bastante y era parte de la tribu. Yo me había acostumbrado su presencia. Compartíamos los desayunos, los atardeceres en el parque; con él los silencios de mi casa eran menos pesados. Mis mascotas lo adoraban. Por todo eso, cuando una noche se metió en mi cama, lo acepté como algo natural. Recuerdo que el día siguiente fue uno de los días más luminosos de mi vida...

Después, lentamente, las cosas fueron cambiando. Reacomodaba la casa, cambiaba los muebles de lugar, los adornos, tiraba muchos de los pequeños recuerdos que yo había atesorado a lo largo de los años. Ante mis suaves reclamos, sólo decía, sin inmutarse, "así es mejor". Y yo permitía que avanzara, tomando sector por sector, habitaciones y espacios con total desparpajo, me era imposible oponerme, frenar ese avance silencioso, inexorable. Supe entonces que mi sentimiento era muy cercano al amor y que él lo había olfateado como perro de presa.

En poco tiempo dejó de ser un perro para transformarse en lobo. Posesivo, oscuro y peligroso.

Mis mascotas lo sintieron primero y comenzaron a rebelarse contra él, para luego temerle. Esa evidencia prendió mis luces de

alarma pero ya el mal había cubierto todo. Me sentía prisionera en mi casa, era su presa.

Meses donde transité el temor y de allí al pánico. Mis mascotas comenzaron a desaparecer una a una y no hubo compasión ante mi dolor. Intuía que mi bello parque se estaba transformando en un cementerio. Aquellos placenteros silencios se volvieron densos, pesados; una latente amenaza se enredaba en los rincones.

Hoy llegué al límite del espanto. Al fin de cuentas, es mi culpa, esa manía por las mascotas, por rodearme de animales mansos como protección a todos los demás seres humanos. Sobre todo de los hombres.

Ahora sólo espero y no debiera quejarme porque pago esa fantasía de la mascota perfecta... ese ser que ya ha cavado un gran pozo en el fondo del parque, lugar que seguramente compartiré con mis animalitos...

ADOLESCENCIA

Celina teje en forma automática, no mira las agujas, tiene la mirada fija en su hija. Lelia ha decidido traer a su novio para mirar una película y ambos están sentados no muy lejos de ella, emocionados y nerviosos por su presencia. Han acordado mirar una de terror, seguramente porque es la mejor manera de estar tan juntos sin que la madre les objete algo... Son tan jóvenes que a Celina le produce una gran ternura. No va a decirles nada porque está feliz de que su hija se haya puesto de novia con el vecino, al cual conoce, sabe que es un buen chico, normal y sin otra cosa que las costumbres que dictan los cánones sociales de su entorno.

Ve cómo Lelia salta estremecida ante algunas escenas y se abraza a él, que la acaricia y consuela; le tapa los ojos por momentos y le da breves besos en la cabeza. El pobre muchacho no se atreve a más, siente en la espalda la mirada vigilante de la madre o, al menos, eso cree.

Para Celina, es un momento de dicha. Su hija, tan tímida, criada sin padre, a la cual le ha costado tanto integrarse a esa ciudad, al barrio, al colegio. Bella como es y tan encerrada en sí misma. Porque es muy bella, tiene esa piel blanca, perfecta, tan clara y sedosa que es una pieza de porcelana, esos inmensos ojos celestes casi transparentes y el cabello negro y lacio como ala de cuervo. Un cabello que, ella sabe, ha generado comentarios entre los amigos, tan tupida cabellera, tan lacia, tan brillante, que hace pensar en una ascendencia indígena, al igual que esa pequeña nariz respingada. Al contrario de su madre, que es tan rubia y pálida; la ausencia total del progenitor, de quien ni siquiera hay fotos, desata más de una lengua maliciosa. Pero su silencio evasivo ha terminado por agotar las perspicacias y obligado a todos a aceptarlas. En estos años ha conseguido un grupo de amigos que se han vuelto casi familia y con los cuales comparte sus días. Ese rincón del mundo le ha dado tranquilidad y seguridad para criar a su hija.

Y nada más que eso desea. Ha buscado la normalidad mucho tiempo, a través de muchos sitios, arrastrando a su hija desde su nacimiento. Esa permanente huida la volvió tímida y retraída, pobre hija. Y a ella la hizo desconfiada y vigilante.

Esta pequeña ciudad, tan alejada de todo, junto al mar, ha sido el refugio perfecto. Al fin las dos pueden relacionarse con otros sin temor a...

Las sombras la siguen acosando a la noche. Los temores vuelven con las tormentas y el rugido de las olas. Pero el sol y el silencio la calman. Su hija florece como un rosal pleno de vida, ama, es amada...

Ninguna otra cosa importa. Aún vigila, pero descansa, teje y sonrío. Recuerda su adolescencia cuando era aún más joven que su hija y tejía sueños que se enlazaban con historias de amor que recogía de los libros. Cuando salía a caminar por las montañas que rodeaban su pueblo, subiendo hacia el cielo, rogando por un joven en un corcel alado, por un ser mágico. Porque a esa edad, el amor es magia y la mente se vuelve febril en la soledad de la montaña, dibujando en las nubes. Ese lejano tiempo, cuando el aire de la primavera le enseñó el engaño y el abandono. Cuando todo lo que deseaba se lo arrancó una ráfaga embrujada y mentirosa, disfrazada de miel. Todo comenzó cuando él bajó por la ladera sur, moreno y sonriente. Y es que en su zona sólo había hombres muy rubios y ese ser de piel oscura y amplia sonrisa la cegó en un instante. Lo guió al pueblo y no dejó de estar cerca. Unirse, pese a la desaprobación general fue el resultado lógico. Un año en que todo fue felicidad, pasión, entrega. Cuando nació la hija, ella estaba plena. Pero no tardó en darse cuenta que algo había cambiado en su marido. Se iba al amanecer a la montaña, taciturno. Se acabaron los mimos, las caricias, las palabras.

Cuando ya no soportaba la angustia, lo enfrentó. Él no contestó sus preguntas, tomó su rostro con ternura y le dijo con voz dolida:

—Es que el viento me reclama. Y no sé cuál será el destino de nuestra hija.

No entendió. Pero cuando el huracán llegó lo vio subir a lo alto y disolverse en una ráfaga.

Los novios terminan de mirar el film con las manos enlazadas. Los invita a tomar un refresco y, luego, busca una excusa para dejarlos solos unos minutos a fin de permitirles la despedida. Lelia entra arrebolada y la abraza. Son felices. La calma sonrío a la noche.

La alerta de huracán llega un mes después. Celina no puede evitar las lágrimas. Han sido alcanzadas. Su hija no entiende la angustia de su madre. La abraza y es rechazada, la obliga a encerrarse en un armario, mientras ella corre desesperada al borde del acantilado a enfrentar al viento y la espuma que flota en el aire.

Todo es desastre, el huracán destroza, ruge, mientras una figura delgada y rubia lo enfrenta. Las oleadas parecen abrirse frente a ella, nada la hace tambalear. Toda la gente está escondida, nadie escucha lo que parece decir la mujer.

Celina grita, ruega, llora. Ella siente su presencia incorpórea, su aroma la envuelve. Él no la roza, abre sus ráfagas para pasar a su lado. Avanza, busca.

Cuando todo se calma, la mujer cae de rodillas, vencida. Ya nada importa. La maldición está cumplida. El ser que una vez amara, se ha llevado a su hija.

AUSENCIAS

No sé qué le dije esa noche, mientras hacíamos el amor, pero no lo tomó bien. En la mañana, desperté sola y sobre la mesa encontré una nota:

“Mi Amor: perdona mi reacción, pero sabés que no ando bien, vos te merecés todo cuanto ocurra pues sos un ser maravilloso, por eso te quiero tanto, esperando sepas disculparme te dejo por un ratito. Te re quiero. Feliz día”.

El “ratito” fueron meses de mensajes y llamadas sin respuesta. Un largo período donde la angustia y el llanto inundaban el departamento, bajaban por las escaleras, lo buscaban por las calles. Él no volvía, no se comunicaba.

Nunca me había dado la dirección de su casa en la ciudad, decía que su situación era complicada. Yo intuía que tenía esposa, familia y no me importaba que fuera la amante que visitaba cada vez que estaba en mi zona. Me gustaba eso de ser novios por unos días, el buen sexo, los mimos y mi libertad cuando se marchaba.

Pero desaparecer... y esa frase “no ando bien” comenzó a enloquecerme. No tenía manera alguna de ponerme en contacto con él, su teléfono móvil estaba siempre apagado, por lo que deduje que había cambiado el número. Desesperada, fui a una vidente para saber si estaba enfermo, me tiraron las cartas prohibidas. Nada.

Pasó un año y otro, su ausencia era cada vez más débil, un recuerdo que se desvanecía entre mi actividad y lo que comenzaba a ser odio.

Ahora sé que tengo poco tiempo. Los médicos me han dado la sentencia y una larga lista de tratamientos. No pienso hacer nada, no voy a cambiar nada en mi vida para llegar a la muerte arrastrándome.

Ahora, me envía un mensaje, me pide vernos. Y yo mastico la

amargura, sintiendo que es un buitre. Por eso le digo que tengo a otro, que no quiero verlo. La distancia la pongo yo, es mi derecho morir a mi modo, sin dejar que me hiera... igual lloro, por mí, por él, por todo el tiempo perdido. Morirse es una mierda, y es peor cuando tu amor vuelve a golpear la puerta.



A DIARIO

La mañana aún no se desperezaba, era sólo una insinuada línea más clara en un horizonte oculto tras las moles de la ciudad, pero Juan Pablo abrió los ojos sintiendo en su cerebro un batir de campanillas. Siempre se despertaba a la misma hora y siempre tenía esa sensación de urgencia en la cabeza. Era como si viviera en una estación de bomberos y toda la ciudad estuviera incendiándose, su mente se sacudía como la alarma que golpea desesperada el metal rojo. En tanto, sus músculos se negaban rotundamente a responder al llamado, le dolía cada pedacito de carne del enorme cuerpo moreno y rogaba que se acallara todo y seguir durmiendo. Vivía cansado, exhausto. Se desperezó lentamente, desplazando pilas de goma espuma, estaba casi totalmente sumergido en una pila de blanda materia que le decían a su parte consciente que debiera estar descansado, pero no lo estaba. Pateó unas piezas sueltas y se levantó de ese hueco acogedor donde anidaba cada noche con total desgana. Miró sin interés el depósito de la fábrica de colchones y se dirigió, rascándose la indomable cabellera, hacia la oficina, donde lo esperaban el calentador y la pava, en improvisada pero permanente cocina, para prepararse unos mates. Sabía que no disponía más que de veinte minutos antes de comenzar la carrera diaria. Se sintió más cansado.

Mientras el agua se calentaba, usó el baño de la fábrica. Pensando que nada en su vida le pertenecía, que todo lo suyo había quedado metido dentro de esa fábrica vampira, metió la cabeza bajo el grifo, dejó que el agua helada se llevara algo de la urgencia y aplacara el cabello rizado. Un largo rato. Era la única manera de poder juntar coraje y no volver a la cuna de trozos de espuma y morirse allí, quedarse para siempre, borrar las demandas diarias, como todos los amaneceres, todos los días. Estaba tan agotado que ni siquiera le daban ganas de sentirse harto.

Resignado, se cambió la camisa, puso la yerba y descargó el agua en un termo. Levantó del escritorio la lista de pedidos y fue a buscar el furgón para cargar los colchones, mientras hacía cálculos del orden en que debía hacer el reparto para que el tiempo le rindiera más,

— ¡Carajo! — no pudo evitar la bronca, una de las entregas era en la loma del quinoto, iba a gastarse en combustible la ganancia de la venta.

Siguió en la tarea controlando el reloj de pared cada vez que llegaba uno de los empleados. Hervía por dentro cuando entró el gordo que, como siempre, se daba el gusto de venir tarde, todo porque él siempre estaba reventado, demasiado agotado para decirle algo. Un día de éstos lo iba a mandar a la mierda y lo iba a despedir; total, que si al gordo no le importaban su mujer y sus cuatro hijos, no tenían por qué importarles a él.

Puso en marcha el furgón recriminándose que, la verdad, era que todo venía enroscado porque él no tenía huevos y los otros abusaban de su bondad mientras que el tarado de su socio no iba a aparecer hasta después del almuerzo. Eso era una constante y cómo iba a funcionar bien la fábrica si los empleados se quedaban solos la mayor parte del tiempo, con un dueño que laburaba como burro y el otro que se tomaba todo en joda...

Partió masticando la bronca.

— ¡Putá!

Tuvo que apretar el freno hasta el fondo, una moto se había cruzado y casi le pasa por encima. Sintió el golpe de los colchones a su espalda y no tuvo más remedio que sonreír... si hubiera vendido algo más pesado le hubieran roto el espinazo. El tipo de la moto lo puteó en todos los idiomas; como siempre, se cruzaban y, encima, se enojaban más que nadie... si lo hubiese aplastado, estaría calladito y muy, muy muerto. Ese pensamiento lo hizo reír y continuó por las calles todavía sin tránsito siguiendo la ruta de las entregas como un gusano de goma espuma... Un gusano cansado.

El reparto le llevaba normalmente hasta el mediodía. Si no lo terminaba, igual cortaba, porque era la hora de ir a buscar a las nenas para llevarlas a la escuela. Su ex mujer trabajaba y se las dejaba listas. Alzarlas en el vehículo y tratar de hablar con ellas, esas amadas hijas que cada día estaban más hostiles gracias a todas las barbaridades que la madre les metía en la cabeza. María Sol, ya tenía doce y lo miraba como si fuera un asesino, poniéndose rebelde, usando maquillaje como un payaso y con ese mechón púrpura que se había teñido, llena de pulseras, aros... menos mal que la madre aún no la había llevado a tatuarse. Esa mina estaba cada día más loca, con tal de herirlo no le importaba que la nena se fuera a la mierda, se volviera puta o drogadicta... Tuvo un estremecimiento... en estos últimos tiempos, el miedo de perder a su hija se hacía más fuerte y su impotencia era cada vez más frustrante. Lucila era un dulce, sólo tenía ocho y aún lo consideraba su papá adorado, aunque cada vez que le preguntaba cuándo iba a volver, se le cayeran las lágrimas. Llorar abrazados cada tanto era parte del camino a la escuela por los menos una vez a la semana, mientras María Sol pegaba la cara al vidrio y miraba pasar los autos con gesto de asco y desprecio y clavaba la vista en la calle como si se quisiera evaporar ante tanta cursilería.

Llevarlas, ir a buscarlas a las seis... si se retrasaba unos minutos tenía que aguantar las llamadas y los insultos de su ex y sentirse todo el día como el peor tipo del mundo... y las nenas siempre de rehenes de ella, que no podía admitir que todo se había acabado, que no pensaba volver a esa relación enferma... estaba muy chiflada y no quería ir a terapia... lo llamaba por cualquier cosa, lo trataba para la mierda y ahora, peor, estaba sacada desde que había aparecido Alejandra.

Alejandra... verla en el pub, cantando y tocando la guitarra, y sentirse deslumbrado fue una de las cosas que nunca antes le había pasado. Menos le había pasado que alguien como ella le diera bola. Pero para su suerte había sido mutuo - confesó ella- después que pasaran juntos esa noche. Una noche de sexo

increíble y con esa mina relativamente joven, porque no tenía más de treinta y cinco, que había vivido varios años en España y tenía una cultura que lo dejaba mudo. La macana es que vivía en el extremo opuesto que las chicas. Así que manejaba dos horas para dejarlas en la casa de la madre, que seguro le hacía la escena diaria, después otro tanto a la fábrica para cerrar el día, aguantarse a su socio que cada vez estaba más pesado y de ahí una hora a lo de Alejandra, que lo esperaba con la cena y él, fundido, que rogaba no le pidiera demasiado en la cama porque ya caminaba como zombi y no servía ni para trapo de piso. Lo bueno era que ella cantaba a la noche, así que a las once la llevaba con su guitarra después de algunos mimos y volvía para arrojar sobre la pila de goma espuma, desmayado y pensando desesperado que todo se iba a repetir al día siguiente.

Los fines de semana que tenía a las nenas no eran mejores... era un tironeo entre esas mujeres que amaba y no soportaban estar juntas. Su vida parecía un partido de damas chinas locas y epilépticas... él era la pieza que saltaba de una punta a la otra del tablero.

Tenía que terminar.

Alejandra había quebrado sus cálculos. Si Lucila tenía ocho, había pensado que en cuatro años, si no conseguía la tenencia compartida, se volvería como su hermana mayor y él debería tomar distancia. Para ese entonces no quería ni pensar cómo sería la otra hija, eso era mejor que imaginar las posibilidades. Pero la llegada de Alejandra a su vida ponía todo de cabeza. Ella quería definiciones, vivir juntos, anclar la relación... algo irreconciliable con el resto de su realidad.

En automático, sin darse cuenta, estaba de nuevo en la fábrica. Ya había caído la noche. No tenía idea de cómo fue el día. Al bajar del furgón se dio cuenta que un colchón aún permanecía allí. Se maldijo por su distracción, ni noción de a qué cliente dejara esperando.

Maldita vida. No podía seguir así.

Dos días después le llegó la carta de un abogado, su esposa había iniciado un trámite judicial para lograr una orden de restricción. No iba a ver más a sus hijas. Los jueces de familia eran unos hijos de puta, siempre estaban a favor de la madre y no se daban cuenta de las estupideces que hacían dejando a las hijas en manos de madres locas y llenas de odio. El mal día lo completó Alejandra poniéndole plazo a sus exigencias...

Pensó en matar a su ex mujer, en matarse él. No podía dejar a su novia, menos dejar a sus hijas. Se tiró en la pila de espuma y prendió un cigarrillo. Había vuelto a fumar después de diez años, al menos eso lo calmaba un poco. Mientras miraba el humo haciendo giros, se dijo que algo se le ocurriría, no podía ser que todo fuera tan mal. El destino debía darle una oportunidad, él era un buen tipo, nunca había hecho daño, siempre trabajó, siempre respetó. Se había equivocado mucho, pero no creía merecer esto...

Los bomberos tardaron dos días en apagar el incendio. La goma espuma es muy difícil cuando arde. Denostaron a los fumadores irresponsables y los forenses esperaron bastante para retirar el cuerpo...

El destino tiene un curioso sentido del humor. Juan Pablo hubiera dicho que era tan hijo de puta como los jueces de familia.

TIEMPOS

Creo que somos una pareja normal.

Al principio, no podíamos separarnos. La cama nos atraía con fuerza, pero toda la casa era excitante. Cada rincón, cada ambiente era propicio para el sexo, las caricias, los besos. Todo ese lugar era un nido cálido que nos envolvía y el aire era rojo, las ventanas vibraban y nos regalaban un río de oro o de plata. La casa latía en rojo.

Con el tiempo todo se fue despintando, ambos trabajábamos y nos convencimos que el cansancio tenía la culpa. Dejamos el sexo para algunas noches y las otras delicias se volvieron besos apurados o cuerpos que se rozaban casi al descuido. Los fines de semana cobraron importancia; nos consumíamos como alcohólicos que han tenido muchos días de abstinencia. Pero eso también se fue transformando, a la pasión se la tragó el cine, la salida con amigos, las visitas a las respectivas familias.

Fue un proceso lento, del que no tuvimos una real conciencia. Pasamos a distribuir los horarios para el desencuentro, toparnos resultaba incómodo, una situación que no era a propósito, sólo nos acomodamos en silencio. Desaparecieron los aromas, nuestro cielo interno era de un amarillo pálido, un sol que sólo entibiaba-

Finalmente, cada uno construyó su reducto. Yo, hice mi fortaleza en la cocina y el dormitorio matrimonial. Él se quedó con el estudio y un dormitorio, ese que iba a ocupar el hijo que nunca tuvimos. Los horarios laborales nos sirvieron para el desencuentro. No compartíamos ni las comidas. Los fines de semana eran un calvario hasta que también organizamos, sin ningún pacto expreso, la alternancia en esos espacios y nos volvimos expertos en citas con gente conocida, salidas, visitas, deportes.

Silencio y distancia. El aire de la casa se había vuelto gris.

Por lo que sé, es lo normal. Las etapas por las que pasan todas las parejas. Lo inentendible era el malestar. Si eso es lo que debe suceder, no entendía por qué razón yo estaba cada vez más incómoda, más intolerante... ¿por qué me dolía?

Lo cierto es que la tensión era una cuerda vibrante que se disparaba con cualquier cosa, una tolla fuera de lugar, una prenda en la silla, una taza no enjuagada...

Luchaba por adaptarme, por ser normal. Él también, al menos eso creía yo. Mi alma sentía un dolor que se veía con tornasoles oscuros, sentía olores escamosos, agrios.

Ayer cometí un error fatal. No encontraba baterías para el control remoto que me acompañaba cada noche en una cama fría y solitaria, por eso invadí su zona, primero el estudio y luego el dormitorio. Allí, en el cajón de su mesa de luz, encontré las fotos. Él con una morena, haciéndose el jovencito, todo sonrisas. Maldito sea.

Pueden decir lo que quieran las tradiciones y los psicólogos. Nada es normal, hay personas que transitan la vida sin dejar de amarse y no se traicionan.

Por eso me retorcí toda la noche sin poder dormir y ahora lo espero, sentada junto a la puerta, pensando qué hacer con esta rabia, evaluando qué voy a hacer ahora que el aire de esta casa se ha puesto de un color negro y todo huele a sangre.

OLORES

Aún no amanece cuando Raúl prepara el bolso. Junta y tira ropa sin fijarse mucho, sólo cuenta su apuro. Cada tres o cinco minutos, va hasta el frasco de perfume se pone un poco en las manos y las refriega por la nariz, inhalando profundamente... necesita matar el olor...

Toda la noche, hasta la madrugada, se la ha pasado como voluntario, ayudando...

Es que, cuando llegan las fiestas, todo el mundo se amontona en los pocos negocios del pueblo. El de regalos y juguetes cada año es tomado por asalto. La gente se empuja, pelea y enloquece por cualquier paquete. No se puede ni transitar los pasillos del pequeño local. Tanta gente...

Este año no le importaba nada, ni festejos ni regalos, su novia había roto todo compromiso y él, con sus sentimientos quebrados, sólo pensaba en su amor perdido.

Todos los demás cumplían los rituales de compras y comidas para el día del natalicio santo. Por eso no debieron haber notado las señales. Según dijeron más tarde los que saben, el fuego comenzó junto a las puertas de la tienda de regalos, especulan que fueron los elementos de pirotecnia... Fue rápido y fatídicamente sádico: se aferró a las guías de la pesada persiana de metal. La cortina cayó y todos quedaron dentro...

Raúl, en su estado de sopor enamorado, sólo vio el resplandor en el cielo de verano y, como muchos del pueblo, se acercó a ver el espectáculo. Al acercarse su mente tardó en procesar la información, se negaba a aceptar que era la tienda de regalos.

Vuelve a ponerse perfume en la nariz... el olor sigue ahí y aún no sabe que allí se quedará toda la vida.

Corrió hacia el fuego y le cortaron el paso. Su novia debía estar allí, era la cajera, no podía faltar en un día como ese. Sus gritos se fusionaron con otros gritos de la gente que rodeaba el lugar.

Varias horas después, Los bomberos lo atraparon junto con otros jóvenes... horas removiendo cenizas, recuperando cuerpos. Sin que se diera cuenta, lideraba el grupo, avanzaba revolviendo ese horror, buscando, rezando por no encontrarla... y el olor nauseabundo que lo envolvía, lo penetraba, ahogándolo; pegándose a su piel y a su memoria...

Búsqueda que pareció eterna, eterna e inútil. Nada se reconocía en esos cuerpos negros, retorcidos, espantosos...

Regresó exhausto, cuando el sol se levantaba despacio sobre el pequeño pueblo. El silencio era un manto ceniciento... no habría risas ni regalos este amanecer navideño. Se metió bajo la ducha fregándose, tratando de arrancar de su piel el hedor del espanto. Pero seguía en sus fosas nasales.

Mientras cierra con fuerza el bolso y se apresura para alcanzar el ómnibus que lo llevará lejos, piensa que en este día de muerte, sólo habrá una larga procesión al cementerio... una ceremonia que no quiere ver.

El ómnibus es un carro funerario, con el olor a carne quemada envolviéndolo, un aroma que, ahora sabe, lo torturará siempre junto a la imagen de un cuerpo perdido entre la ceniza.

RECÍPROCO

Siempre supe que él no sentía nada, que era una roca, impávido, insensible. Y que me había olvidado.

Me dejó abandonada, rota, en la noche y, de esa oscuridad, saqué mi fuerza.

Resguardé mi odio en la que fuera nuestra casa. La restauré habitación por habitación, en cada una puse una gota de mi sangre, la sangre que él secó de sus manos aquella noche, mientras partía.

Peleé durante mucho tiempo hasta que pude entrar... sólo a sus sueños. Pero fue suficiente.

Cada noche lo llevaba a la casa, lo torturaba. Él no me reconocía, pero sentía su miedo y eso me volvía más fuerte. Sus pesadillas eran mi placer... por eso fui postergando el momento de llevarlo al sótano, el lugar donde me había enterrado. Era tan feliz viendo sus esfuerzos por no dormir, el terror con el que saltaba de la cama cuando escapaba de la pesadilla, el temblor de sus manos cuando se llenaba de café.

Yo era su fantasma y no sabía ni cómo ni por qué. El miedo o mi rabia hacían que fuera una desconocida que lo perseguía.

La tortura perfecta...

¡Y ese hijo de puta que se pega un tiro!

Me pregunto... ¿vendrá a buscarme?

CURACIÓN

—Buenas, doctor. Por fin lo encuentro, hace casi un mes que lo ando rastreando. ¿Se acuerda de mí? Usted me curó hace un año, cuando todos los demás me habían desahuciado.

—No me acuerdo y ya no ejerzo más, estoy retirado.

—Eso me dijeron, por eso vine a su departamento. Permiso.

—Le digo que ya no atiende pacientes y salga de mi casa.

—Ya veo. Esto es un desastre. El olor a alcohol marea y también el de vómito. Todo está revuelto y sucio.

—¡Salga, loca de mierda!

—Tranquilo, doc. Siéntese. Lo buscaba por esto. Yo estoy bien, pero algo me contaron de usted y vine para ver si podía ayudar.

—Nadie puede ayudarme. ¡Déjeme en paz!

—Cálmese. Usted me encontró medio muerta en el sanatorio y se hizo cargo de mi caso sin que yo se lo pidiera. Me salvó la vida, le debo eso.

—Me alegro, ahora déjeme tranquilo.

—No. Le debo la vida y voy a pagarle.

— ¡Está loca!

—Dicen que todo fue por su mujer.

— ¡Esa perra! Me traicionó y, cuando la enfrenté, me maldijo. También tuvo un abogado que me dejó sin nada. Me quitó hasta el prestigio.

—Y usted decidió entregarse. Llenarse de alcohol y esconderse.

—No fue por eso, es que no puedo atender a nadie, cuando estoy con un paciente me comienzo a descomponer, tengo vértigos y arcadas... ¿por qué carajo le estoy contando todo esto? ¿a usted qué le importa? ¡Quiero que se vaya!

—Me lo está contando porque soy yo. Fui su paciente y, en ese entonces, estaba muy débil. Usted cura enfermedades del cuerpo, yo hago algunas cosas diferentes, pero también son curas.

—Está muy loca y, además, no creo en esas cosas.

—Déjeme que lo mida con esta cinta colorada.

— ¡Ni loco! ¡Afuera!

—No me empuje, me voy. Pero tenga por seguro que vendré. Estoy en deuda y yo siempre pago mis deudas.

— ¿Usted otra vez? Ni se le ocurra querer entrar.

—Hola doc, este es Germán. Agarralo.

—Pero...

—¿Ve doctor?, así atado al sillón va a tranquilizarse y yo voy a revisar algo en su interior. No me mire con ese miedo, no voy a usar cuchillos, no soy carnicera. Sólo voy a probar con esta cinta roja, está bendecida, ¿sabe?

—¡Voy a gritar!

—No me obligue a decirle a Germán que lo amordace. Esto es por su bien.

—Lo que pensaba. Le hicieron un daño. Esto no lo entiende porque es un hombre que estudió demasiado. Los libros sirven, pero no para todo. Hay cosas que vienen de mucho antes que los libros.

—Supersticiones.

—Así las llaman. Pero tanto bienes como males se hacían hace mucho, antes que la ciencia descubriera algo y se olvidaron o se escondieron por miedo a ser quemados. Yo vengo de una larga familia que conoce de estas cosas.

—Debí haberla dejado morir en el sanatorio.

—No sea tonto, por algo fue que me curó, no por casualidad.

— ¡Bruja! ¡Vieja loca!

—¿Qué sabe de su mujer?

—Esa anda bien con su nuevo marido. Se quedó en el pueblo. Yo me vine a la ciudad y me escondí de todos... menos de usted.

—Seguro que no se acuerda de mi nombre.

—No. Ni me importa. Sólo quiero que me suelte y se vaya junto con ese tipo raro que trajo.

—Germán es un muchacho que yo salvé. Le habían hecho un daño grande. No puede hablar, pero es fuerte y leal. Es mi ayudante cuando tengo pacientes difíciles.

—Son unos delincuentes locos.

—Ajá. Mi nombre es Hermelinda, aunque me dicen Herme nomás. Y ando en esto desde que nació, no fui a la facultad como usted, aprendí de mi abuela.

—No me importa.

—Me hablaba de su mujer.

—No quiero hablar de ella, que sea feliz, Ya me arruinó la vida, cuanto más lejos esté es mejor.

—Usted no entiende, ella está bien porque usted está mal. Y no es natural. Déjeme que lo mida de nuevo con la cinta.

—Cintas bendecidas, es un chiste.

—Increíble. El daño tiene firma, ya sé quién se lo hizo. Tenías razón, Germán, debí haber tomado medidas con la Pancracia cuando hicimos el trabajo del bebé de los Solari. Cada vez está peor. Meterse en cosas oscuras solamente trae más maldades, el alma de la curandera se desaparece y le crece algo podrido dentro. Esto es obra de ella.

— ¿De qué está hablando, vieja loca?

—Mire, a muchos hombres los guampea su mujer. Pero no todos se enferman después y no es normal que no puedan atender un paciente sin descomponerse. Le hicieron un trabajo, un mal, ¿entiende?

—No.

—Es lo que llaman ahora un hechizo. Eso es lo que tiene y yo lo voy a curar.

—Está delirando, mejor me sueltan y se van. No quiero llamar a la policía.

—No puede llamar a nadie. Deje que termine de preparar esta tisana.

...

— ¡No voy a tomar eso!

—Atajalo, Germán. Abrile la boca y apretale la nariz.

...

—Ya se durmió, desátalo y vámonos.

—Buenos días, doctor, ¿le paso los turnos?

—Buenas, Herme. Esperá que termine el café.

—Si, doctor.

—Gracias, sobre todo, por haber aceptado ser mi asistente en el consultorio.

—Es un gusto, ahora que ya está curado.

—No hablemos de eso.

—Claro, los doctores curan solamente con la ciencia... a propósito, ¿se enteró que a su mujer la abandonó el marido y la despidieron de la escuela?

—Herme, callate y hacé pasar al primer paciente.

—Sí, doc.

JUAN CRUZ

Odiaba su nombre y su mañana no era mañana... nombrarlo Juan Cruz había sido una predicción y su condena eterna.

Su día empezaba cuando más oscura era la madrugada, en la soledad de la cuadra, amasando pan, preparando el horno. El olor que reconfortaba a los madrugadores usualmente le daba náuseas. Tan odiada tarea, tan hecha cáscara quemada en su piel oscura.

Terminaba la primaria cuando su padre, borracho como siempre, lo sentó frente a la mesa y le anunció que ahí se terminaban sus estudios, que era hora de que lo ayudara en la panadería. Él veía la cara detrás de la botella de vino, esa boca floja y esa voz pastosa que tartamudeaban su sentencia de muerte y deseaba con toda el alma animarse a asir el cuello de la botella y estrellársela en la cabeza. Ese día deseó su muerte... muchos años siguió deseándola. Pero no hizo nada, cerró los ojos y se mordió los labios hasta que sintió el sabor de la sangre. Fue peor cuando la voz gangosa siguió diciendo que no valía la pena mandarlo a la escuela ya que no tenía futuro en los estudios porque era demasiado lerdo de entendederas; que, como hombre, tenía que aprender el oficio mientras su hermana que sí era inteligente iba a ir al colegio de monjas privado y luego a la facultad para mantener en el futuro a su padre como se merecía.

Fue la noche en que se le oscureció el mundo. Desde entonces su vida era el filo de las madrugadas. Las máquinas de la panadería amasaban, pero él apartaba parte del bollo y apretaba las manos sobre la pasta sedosa, con fuerza, con bronca, para calmarse. Todos los días repetía ese simbólico asesinato y luego, cuando sentía calambres en los dedos, fabricaba los pequeños y deliciosos cañoncitos que lo habían hecho famoso en el barrio.

Harina y soledad... rabia.

Su hermana dormía en su casa, con un marido borracho y golpearador como su padre, sin ningún título y con cuatro hijos mal educados; se había embarazado a los quince, poco después de la fastuosa fiesta que montara su padre y donde se luciera la altísima torta que él le preparara mientras las lágrimas le daban sal a su noche.

Su padre se había muerto sin enterarse, simplemente no despertó de una borrachera.

Su dulce hermanita pidió su parte del negocio mientras estaban frente al féretro abierto. él firmó papeles, documentos y contratos, se endeudó en el banco y tardó ocho años en ser el único propietario de una empresa que odiaba y que iba a tragárselo. Sí, porque se llevó hasta su nombre. Para todos era Juan Panadero... la cruz iba por dentro, una cruz amasada mil veces y con olor a pan recién horneado.

Día con día y horneada tras horneada, una monótona rutina que sólo sostenía el odio. Los fines de semana solía hacer pasteles, de bodas, de cumpleaños, bellamente decorados con un sentimiento ambiguo pues tenía plena conciencia que nunca haría uno para él.

La atención al público la había dejado en manos de dos empleados, Víctor y Elisa. Ambos se habían criado con él y eran de total confianza, lo que le permitía irse a dormir cuando salía del horno los últimos productos del día.

Su constancia era en realidad una manera de mantener su odio contenido. Si dejara que los demás lo viesen como realmente era, huirían espantados.

Una rutina hipnótica que le permitía seguir. No había mujeres en su vida, le echaba la culpa a esos horarios raros, aunque en realidad era que no deseaba que lo lastimaran más. Ya era bastante el peso que cargaba. Tampoco había alcohol, la imagen permanente de su padre lo hacía totalmente abstemio. Tenía el convencimiento de que era gris, o transparente, que la gente no lo veía. Sólo era pan sin rostro.

Todo igual hasta que le reclamó al del almacén el pago de su deuda. La respuesta lo dejó atónito, el hombre le dijo que no le debía nada y, cuando insistió, le mostró los recibos. Pidió disculpas y no dijo nada, sólo se sentó esa madrugada a revisar los papeles de la panadería, los recibos de caja, las entregas...

Las diferencias de dinero eran inmensas. Sus dos amigos le habían estado robando los últimos dos años. Lo que comenzara con pequeñas sumas, se había ido incrementando y ahora tenía valores negativos cada día. Se le quemó el pan. El olor le ardió en el cerebro, en el alma. No podía creer que su destino fuera tan oscuro. Que todos los seres que lo rodeaban lo traicionaran, lo hirieran, le mintieran, lo consideraran una basura...

Pensó en varias formas de venganza. Incluso de meterlos en el horno y dejarlos asarse allí. Pero no era un asesino, así que los esperó a la mañana y con voz calmada les dijo que se fueran. Ellos lo amenazaron con un juicio, él mostró las pruebas de los robos. Se fueron gritando insultos pero descartando buscar abogados, sobre todo después que él amenazara con ir a la policía.

El último lazo estaba roto. El local quedó silencioso. No levantó las persianas. Ese día el barrio no tendría pan. Tampoco esa semana.

La gente se preocupó cuando un fuerte olor comenzó a salir de la cerrada panadería. La policía forzó la entrada. Para asombro de todos, encontraron en el piso, cuidadosamente acomodado, un montón de panes y pasteles ya verdes de moho, que formaban una gran cruz. Nada más se supo del panadero. La leyenda se hizo carne en toda la clientela y se extendió rápidamente por la ciudad.

La hermana reclamó el local, pero la ley era muy clara respecto a desaparecidos: si no había cuerpo, no había muerto... no había herencia. Su marido se metió a la fuerza, pero después de una noche salió espantado, jurando que había visto cosas horribles.

Así fue que la historia tomó cuerpo y quedó impresa en la memoria popular. Muchos juraban que al amanecer se sentía

el olor a pan recién horneado. Que durante las noches se veían luces que cambiaban de lugar. La panadería embrujada se transformó en un lugar para mostrar a los turistas y asustar a pequeños rebeldes...

Juan Cruz estaba muy lejos. En otro mundo, un lugar fuera del plano de su angustia, donde la maldición de su nombre no lo alcanzaba. Un sitio sin nombres ni personas. No le importaba averiguar dónde era. Lo que sí lo hacía feliz es que allí no había cruces... ni pan.



LIBERACIÓN

Esa perra me tiene los huevos inflados. Podría ser más discreta, un poco más disimulada y, calladita, meterme los cuernos. Pero no, se pavonea ante todos con el hombre que volteo. Es como si necesitara saborear el riesgo. No le basta cogerse a todo pantalón que se le cruza, tiene que publicarlo.

Y yo, haciendo el papel de estúpido.

Años mirando para otro lado, trabajando como loco, viajando para que todos pensarán que no me enteraba. Y todo ese tiempo amándola como un tarado. Cada vez que me ponía furioso, ella me llevaba a la cama y yo ya no podía hacer nada. Se me olvidaba la bronca y sólo me quedaba el temor de perderla. Terror de que me dejara, de no ver esos ojos oscuros de pájaro depredador, de no sentir su boca y su cuerpo.

Era una droga...

Pero ya basta... ¡Basta!

//

Gritos y llanto. Lloro. Le dije que hay otra mujer en mi vida. Algo nuevo, un ser suave y tranquilo que me calma el ardor del alma, con quien me he vuelto sentir un hombre digno. Ella, que descubre que ya no puede arrastrarme a la cama, que eso ya no sirve. Y entonces, el escándalo, las llamadas a amigas y familia, aullando por la traición. Me desconcierta. Parece, realmente, una fiel esposa engañada.

Avanza hacia mí gritando que se va suicidar. Miro esa boca que grita, que amenaza devorarme y me apresuro a cerrar la puerta, subirme al coche y acelerar cerrando los ojos, como si el sonido se disipara con ese gesto.

///

La policía me pide que vaya para la identificación. Me ha arruinado esta corta ilusión de libertad. Avanzo como sonámbulo hacia la morgue, mientras veo cómo la boca de ella es una cueva que ríe y me devora.

ENSUEÑO

Siempre te amé. Era tan fácil amarte, porque eras el hombre que me llenaba los ojos y el alma. Yo sé que no me veías, que sólo podía tenerte en mis sueños, pero eso nunca me importó.

Valía unos centavos, unas monedas... un caramelo, un chicle, una galletita, para verte y que tu mano rozara la mía al darte el dinero. Sé que era una niña de sólo nueve años y tú ya pasabas los treinta, pero eso es el amor. El amor y los sueños. Yo podía recuperarte en la noche y tenerte a mi lado, construir escenas, futuros juntos.

Era ir a comprar pequeñas cosas cada día, varias veces. Suficiente para reencontrarte en mis sueños con la camisa que usabas y esa cadena de plata en tu muñeca izquierda.

Yo crecía y seguías sin verme. Mis sueños pasaron de paseos de enamorados a encuentros más cercanos, más sudorosos. Contigo me hice mujer, porque los ensueños eran para mí la realidad.

Sólo tenía dieciséis cuando mis padres me llevaron lejos y dejé de verte durante el día. Tu presencia nocturna nunca me abandonó.

Y así seguí, viviendo, estudiando...

Encontré a muchos en mi camino, probé olvidarte, pero cada noche me demostrabas que eras más poderoso, que te pertenecía. Todos los hombres que pasaron por mi vida eran transeúntes de la vigilia, nadie podía pasar el límite donde nosotros jugábamos al amor. Quizás por eso la soledad fue mi constante.

Cuando ya era médica e independiente, volví un día a tu lugar. Tenías unas bellas canas, la misma sonrisa y una maldita argolla de oro en el dedo anular de la mano izquierda. Ya no usabas la pulsera de plata, sino un aburrido reloj. Me volví furiosa, frustrada y con una idea fija de borrarte.

Esa noche tuvimos nuestra primera pelea, te rechacé e hice todo lo posible por anularte... Cambié horarios con un colega y comencé a trabajar en el hospital durante el turno nocturno. Te dejé apartado. Mucho tiempo.

Pero no pude hacerlo totalmente, me mudé a tu barrio y me mantenía al tanto de tu vida. Así me enteré que no tenías hijos, de tu tristeza, de la enfermedad de tu esposa, de su muerte...

Ya no estaba enojada y esa oscura noticia me abrió el cielo. Decidí enfrentarte, al fin. Pero no llegué a tiempo, cuando me lo contaron hacía más de un mes que te habías ido de la ciudad.

Diez años, un largo tiempo que hizo que te trajera nuevamente a mis sueños y sólo allí era feliz. Durante ese ensueño que nos unía, tenía todo, la ternura, el amor, la tibieza, la pasión. Nada comparable era en mi tiempo despierto. Tú eras mi realidad, el resto eran horas en las que sólo sobrevivía como autómata.

Todos esos años contigo y sin ti.

Hace un mes te encontré en la sala de terapia intensiva. Tenías un pronóstico negativo. Me hice cargo, te estabilicé, te cuidé... Alguien dijo: "está estable, que lo manden a morir a su cama, los lugares del hospital son para los que tienen esperanza". Idiotas.

Ahora estás en mi casa, no entienden esta decisión de traer a un enfermo en estado vegetativo, un hombre sin familia ni futuro... Pero, una vez aquí, me dormía tomada de tu mano y, a la sexta noche, entré a tus sueños. Nos unimos en una neblina azul y entonces me reconociste, me viste por fin y nos amamos como nunca. Ahora todo el tiempo es para estar juntos y, como nadie puede saber, sólo los que cruzan los umbrales, el tiempo es infinito...

Yo soy feliz, por fin te tengo sólo para mí. Somos uno y tú eres completa y eternamente mía.

PEDACITOS

Los monstruos se destrozan por un pedacito de cielo. Tan pequeña la parte. Tan golosos se tornan. Tan despiadados.

La lástima es la moneda con la que se paga el dulce postre.

Nadie aplaca el hambre de esos seres que usan palabras vacías e intercambian aplausos falaces. Los incautos son devorados sin piedad. Los falsos oropeles se oxidan al rozarlos la breve luz de la verdadera creación.

Pero la caravana sigue avanzando y va adquiriendo, paso a paso, las características de una patética comparsa.

NORMAS GRISES

Isidora está sentada en el parque, bajo el mismo árbol de siempre, en el mismo banco, esperando que su perro retoce y descargue el vientre. Lleva el gris cabello muy corto, como corresponde a una mujer de su edad, la ropa gris haciendo juego.

Sentada allí y quizás porque es primavera se pregunta qué es eso de lo que le cabe a cada edad, a una edad y no a otra. Cierto que ya no podría saltar la cuerda o lucirse en la rayuela... pero no le resulta clara esa consigna casi militar, tan cortante, de marcar los permisos según las edades.

Es que odia el color gris y no tiene nietos para disfrutar un juego infantil sin sentirse ridícula y amonestada por todo el mundo.

Las normas... su vida ha sido regida por normas, de educación, de conducta, de vestimenta, hasta su risa fue medida y coartada... sus sentimientos fueron condicionados por límites muy estrechos. Y ahora, en la etapa gris, está sola cuestionando esas cosas y con el firme propósito de no mirar hacia atrás porque sabe que le sería fatídico. Es que, este tiempo en el que su única compañía es un perro maniático y demandante, le es cada día menos grato. Su hijo se fue hace ya bastantes años a vivir al otro lado del mundo, opina que el futuro está en el oriente y, a veces, recuerda llamarla. Su marido hace quince años tuvo la gentileza de morirse y está convencida que es lo único bueno que hizo por ella. Ladra el perro y ella regresa a ese punto sin luz que es su presente.

Entonces, la primavera se vuelve dorada. Lo ve, rodeado de ese halo que solía aparecer en las viejas películas. Es un hombre alto y moreno que camina despreocupado con una mochila al hombro. La mira y su sonrisa borra el mundo. Se le acerca, le tiende la mano y ella la toma, pese a que han comenzado a sonar todas las alarmas de autos y casas y el perro ladra enloquecido. Caminan juntos, a ella no le importa si avanzan hacia la luz o las sombras... el perro aúlla, ella se aferra a la mano de él y sonríe, sabe que el animal es el único que la extrañará.

INVISIBLE

Casi toda la vida he querido ser invisible. En la escuela, cuando esa maestra de mirada de halcón me fijaba sus ojos oscuros y yo me sentía ese insecto que clavaban con un alfiler en el muro. En la universidad, frente a tres profesores con cara de asesinos, hurgando en mi mente como unos malditos sádicos. En el trabajo, con una jefa de ojos de serpiente que parecía que adivinaba cada pequeño error en mi trabajo. En mi casa, cuando mi mujer me mostraba las cosas que había olvidado sacar de los bolsillos...

Ser invisible era un anhelo recurrente en mi existencia. Décadas deseando volverme transparente para que no me viesen, para no sentirme desnudo y desprotegido frente a todos.

En alguna época, cuando mi sangre hervía, la invisibilidad era sólo para poder ver mujeres desnudas en su intimidad. Y en los momentos lúgubre, para espiar a la gente que me rodeaba, ya fuera amiga o enemiga, y conocer sus planes y opiniones respecto a mí.

Siempre con esa fantasía, los años se me pasaban monótonos y sin pautas. Y, mientras mi mente se entibiaba imaginando posibilidades fantásticas, mi ser real era el más tímido y retraído de los mortales. Casi sin amigos, terminé viviendo solo después de la muerte de mi madre y teniendo en mi haber dos relaciones amorosas que terminaron en desastre.

De una manera retorcida, el tiempo se burló de mí: me cumplió el deseo. Me fue concedida la invisibilidad absoluta. Aprendí que no era necesario buscarla, ni consultar los antiguos conjuros. Sólo era necesario esperar.

Tenía simplemente que envejecer y, a partir de ese momento, me iba a volver, día con día, más transparente, más invisible. Y que no era mi prerrogativa. Que no era un privilegiado... que eso era el oscuro premio que todos los seres humanos recibían al final de sus días.

Ahora, esperando la muerte, soy totalmente invisible.

ANDRÉS

Frente al espejo, permanece mustio. Acerca el rostro hasta apoyar la frente en el cristal. En esa pose sus ojos son un pozo negro. No sirve su deseo de traspasar la barrera fría y no se anima a dar el frentazo y romperse el junto con la otra imagen que lo repite. abre con furia el grifo y se coloca bajo el chorro de agua, intentando lavar sus ideas. Siente deseos de abrirse la cabeza e inundar ese cerebro que semeja un tren acelerando, pero no puede hacer nada... nunca se anima a nada.

Esa idea lo golpea con más fuerza que el agua y se endereza, mojándose la ropa, el cuerpo. Deja que gotee hasta el piso y anule todo pensamiento, salvo uno: que tendrá que cambiarse la ropa mojada para ir a la oficina. Llegará tarde. Mansamente, vencido, se dirige al dormitorio, tratando de pensar qué ropa se pondrá ya que no pasó a retirar del lavadero la última que llevara.

Para su asombro, todas sus prendas se encuentran prolijamente acomodadas en el ropero. No recuerda...

Eso es lo que sucede últimamente, no recuerda nada. Las acciones de los días anteriores, se borran de su mente. Las noches peor, generalmente amanece vestido y calzado, pero juraría que se puso el pijama antes de acostarse.

La posibilidad de la locura lo llena de pánico. Esa era la razón de su intencional rutina, de su parsimonia. Trataba de no hacer nada fuera de lo estrictamente necesario, de tener la mente en blanco.

Esa necesidad de control le creció de niño, cuando su padre encerraba a su madre en cada una de las crisis, hasta que se dio por vencido y la internó. Jamás dejó que volviese a verla. El alcohol inundó la casa junto con un inmenso silencio. Al final, su padre terminó pegándose un tiro. También contaban historias de la abuela, a quien no conoció. Muchos genes como para que no se aterrara con los olvidos.

Como todos los días sale de su casa, ya vestido y seco. Está tranquilo, casi feliz. Camina lentamente, como contando los pasos, es una manera de aplacar toda idea. Está seguro que con disciplina podrá vencer lo que su sangre heredara. Cada uno de los momentos de su vida estarán rigurosamente controlados...

Los titulares del periódico informan sobre el nuevo crimen del asesino serial que asedia las noches de la ciudad. Por supuesto, él jamás lee los periódicos.

PAJARITAS

Manuel juega con la lapicera, muerde la punta. La habitación le pesa, siente que las paredes y el techo se le van acercando para transformarse en una celda mínima que lo ahoga. De un manotazo tira las hojas que se apilan en la pequeña mesa frente a él. Los exámenes de sus alumnos se esparcen y vuelan, son pajaritas de papel con trazos azules y marcas rojas que le cantan una canción de tedio y rutina.

Anuda su rabia a esos pájaros falsos y se levanta sintiendo que el asma vuelve con su ahogo infame. Busca sin éxito el inhalador y, ante la falta de aire que le cierra el pecho, se apresura hacia la puerta y sale a la calle. Afuera, el viento le tajea el rostro, pero al menos ahuyenta el ahogo. Camina mirando el suelo, trata de contar las lajas, intentando poner la mente en blanco. Nada funciona. Lleva colgada en el cuello la angustia como un collar de hierro que le hace doler la nuca...

—¡PERRA! —grita entre dientes y el viento hace giros que suenan a risa en su costado.

Las calles avanzan bajo sus pies y Manuel de pronto se siente un caracol, con un peso a cuestras... su casa, los chicos... ¡ella!

Se da vuelta para mirar si no ha dejado una huella babosa, oscura y con olor a podrido. Tras él sólo está la ciudad de siempre, gris y transitada. Recién entonces repara en los sonidos. Autos, gente, perros... lo aturden. Hasta ese momento sólo parecía que existían él y el viento. Apresura el paso, pero la ciudad se multiplica y lo acompaña. No puede huir. No puede escaparse de nada. Ni de él ni de esa mole que lo envuelve.

Piensa que su vida es una mierda. Su deseo de ser profesor, el ideal de formar mentes jóvenes fue un espejismo. A los alumnos les interesaba un carajo la literatura, sus significantes, la filosofía, el aleccionamiento para la vida. Ellos querían dinero, autos caros, una vida regalada; no importaba el camino para conseguir todo eso. Por ahora se conforman con vivir con una

pantalla luminosa que les muestra imágenes y bromas crueles e idiotas para reír un minuto. Un instrumento que los droga para olvidar que jamás llegarán a cumplir esos sueños. Ilusos, igual que él.

Ser profesor también significaba un sueldo miserable que volvía loca a su mujer y la transformaba en su tortura diaria. Los reclamos hacía tiempo que se habían tornado insultos y desprecio. Llegar a su casa era un martirio. Lo peor era que sus hijos ya estaban en igual planteo. Su hija más pequeña aún lo abrazaba, lo que era un consuelo. El mayor se había vuelto rebelde y, desde hacía un año, se paseaba frente a él con un cigarrillo de marihuana, ropa de pandillero... había anunciado su partida dos días atrás con una sonrisa odiosa y mostrándole un montón de billetes, desafiándolo a que adivinara cómo los había conseguido; no debía ser muy perspicaz para saber de dónde provenía, el dinero sucio tiene un olor particular. Su otra hija se había ido hacía un año a vivir con el novio, otro delincuente; pero ella estaba embarazada y creía que iba a estar mejor que con el infeliz maestrillo de su padre.

Y así era su día a día. Patético. Gris. Angustioso.

Muchas veces se juraba que no iba a volver. Que ese día tomaría una decisión. Pero se tomaba el tren aferrando el portafolio lleno de hojas para corregir, cargado de toda la miseria de su vida. Pesada carga. Nada cambiaba, era demasiado cobarde para matarse, o marcharse. Era... sólo un hombre que alguna vez soñó ser útil y fue aplastado por la realidad.

Agosto. Un invierno helado como pocos. Él caminando hacia la escuela, los hombros caídos, la boca apretada. Otro día, igual a todos. Y la vida que se dobla como una esquina absurda. Tres muchachos encapuchados que lo interceptan y le piden lo que tenga a punta de navajas. Les da la billetera, el celular... no quiere entregarles el portafolio, trata de explicar que son sólo papeles, pero uno se lo arrebató y lo abre, lo revisa, con malsano

deleite comienza a tirar las hojas al helado viento. Es en ese preciso instante que lo reconoce, a pesar del pasamontañas y la capucha... es su hijo. Le golpea el placer insano que ve en los ojos de su supuesto asaltante. Se da cuenta que no es un asalto sino una venganza personal, la revancha por considerarlo un minusválido social, por no haberle dado las cosas que deseaba. Toda su frustración se le retuerce en el alma. Piensa que seguro tiene razón, como todos los demás, que él no vale nada. Que ha sido un gusano que creía en el valor de los libros por sobre el dinero y eso lo convertía en un idiota. Su corazón golpea enloquecido y es en ese preciso momento en que se le presenta la muerte como un deseo incontrolable.

En un impulso, grita y salta sobre ese ser amado. La navaja que sostiene el muchacho se le incrusta en el vientre. La pandilla retrocede, su hijo está petrificado. Él se da cuenta de que está en el piso porque tiene un lado del rostro húmedo, su mano izquierda está caliente por la sangre, la otra mano está extendida hacia la estatua que alguna vez fuera su niño.

Ve todo desde afuera, como una película totalmente extraña, de otros. No siente dolor, tampoco pena. Un pensamiento lo acosa: será un número en las estadísticas policiales, sin nombre, seguirá tan ignorado e insignificante como siempre. Quiere reír, pero la sangre la llena la garganta.

En el último segundo, ve volar los papeles a lo largo de la calle. Su vida se va con ellos rebotando en los charcos, poniendo calificaciones al azar en un horizonte de pajaritas con trazos rojos de sangre traicionada.



JAZMINES

Marina está recostada en un sillón, sin sueño, el insomnio ha sido un compañero fiel durante muchas noches.

Un humo gris se desprende del techo y la va envolviendo. Ella se relaja, deja que la neblina la cubra como una manta. Se va hundiendo suavemente en el sueño. A medida que cruza ese umbral narcótico, mira a su hija que duerme plácidamente en la cama, el cabello rojo desparramado sobre la almohada. El humo no la toca.

Se acomoda y se adentra en la bruma con los ojos cerrados. Su ensoñación se va volviendo cada vez más dulce... no sabe si son sueños o recuerdos.

Ese cabello de llamas de su hija, son herencias de aquel hombre tan alto, pelirrojo con aquellas pecas, de ancha sonrisa. Por eso la niña es tan bella, con esa piel de caracola, los ojos cada vez más verdes.

Ese recuerdo la hace temblar y retorcerse en la cama, porque su marido se fue sin decir nada. Lejos. A través del mar, buscando lejanas raíces, dejando el fruto en sus brazos. Ausente, sin cartas, sin noticias. Y la niña ya tiene diecisiete años y termina la escuela. Tiempo de nuevas despedidas. La niña debe partir para estudiar en la facultad. Ella sintiendo nuevos dolores, como si pariese otra vez.

Y ese médico maldito que le dio la noticia. En torturada pesadilla, se le presenta el doctor, ve sus ojos, sus manos, una carpeta y un sobre blanco. Se retuerce dormida. Fatídico dictamen, su hija tiene...

La pálida muchacha se queja dormida. Eso la despierta. Mira ese ser casi transparente. La aguja que hace resaltar la línea azul de la vena en ese tul de porcelana que es su piel. Siente cómo se la oprime el pecho. Se sacude en el sillón, que cruje como si fuera a partirse, la cama sigue quieta, el cuerpo de nieve es una

muñeca inerte, descarnada, drogada. Una imagen que taladra el cerebro de la madre.

Llevan meses de tratamientos, drogas... su hija cada vez peor. Y ella que quiere gritar, aullar. Pero el hospital es un lugar de silencios, una antesala... a la tumba.

Estremecida, busca en el bolso un sedante, eso es lo único que permite que no rompa en llanto, que no le brote el alarido que encierra en el pecho. No puede respirar...

De pronto un aroma dulce penetra por sus fosas nasales. Se paraliza, la mano con la pastilla queda detenida a unos centímetros de su boca.

El perfume cubre todo, sedando su cerebro, aplacando la angustia diluyendo la bruma gris. La inunda, ella lo respira con gozo... hasta que lo reconoce y se levanta con un grito:

—¡Madre!

Porque sólo su madre usaba esa fragancia a jazmines. Ese perfume que odiara desde la infancia.

Asombrada y también aterrada, ve cómo su hija se sienta en la cama y la mira fijamente. Un presentimiento oscuro le atraviesa la garganta.

Su hija le toma las manos y, con una mirada dulcemente verde, sonríe con una paz que hace tiempo no ve, una sonrisa que se había perdido entre tantas jeringas y tanto dolor.

Su mirada se ilumina y suavemente le dice:

—Todo bien mamá. Es la abuela... es la abuela.

Marina ya no puede gritar ni correr... ni tocar el timbre para llamar a las enfermeras.

Con el intenso aroma, ve cómo su hija se va quedando quieta.

Y, como alucinada ve a las dos, tomadas de la mano, caminar hacia un punto detrás de las paredes. En esos segundos no tiene pena, sólo la sensación de que las lágrimas que le corren por la cara huelen a jazmín. Sólo eso.

MAESTRO

Fui al bar cultural con los nervios a flor de piel. Me había jurado vencer mi terrible timidez y animarme. Hoy iba a presentar su libro el escritor que yo más admiraba y quería hablar con él. Ensayé frente al espejo mil frases, elegí cuidadosamente el texto, lamenté no tener un sedante para no parecer un tarado y tartamudear frente a mi ídolo.

Al finalizar la presentación, busqué un espacio y lo abordé. Muy nervioso, pero aparentando calma, elogí su trabajo, puse en claro mi infinita admiración y le entregué las pocas hojas que había escogido. Con un estremecimiento vi que las leía con interés. Mi emoción amenazaba con traicionarme, temía que se me escaparan las lágrimas. Terminada la lectura, me devolvió las páginas y me dijo seria y solemnemente:

—Muchacho, lo tuyo no son las letras, debería dedicarse a otra cosa.

Me sentí morir. Quedé parado, sin parpadear, mientras él se alejaba para atender a otras personas.

Destrozado, me fui corriendo en silencio hacia un rincón, frenando las ansias de salir corriendo. Terminé en un recodo de la escalera, cerca de los sanitarios. En ese espacio, casi en sombras, intenté recuperarme para salir con dignidad, aunque me sintiese como un cadáver no informado.

Fue allá cuando escuché la charla con otro escritor conocido.

—Oscar, ¿qué le dijiste al pibe ese que se puso todo rojo?

—Imaginate.

—Te conozco y, si no vi mal, te mostró su trabajo y lo leíste.

—Sí.

—Pero, ¿qué le dijiste?

—Que se dedicara a otra cosa

—¿Tan malo es lo que escribe?

—No es malo, es que no soporto a toda esta nueva generación que viene como lobos a invadir nuestro mundo.

—No podés ser así, sos profesor de letras, se supone que tenés que alentarlos.

—¿Para que contaminen nuestro cielo? Ya bastante chico es el espacio que nos dan para dejar que todos estos mocosos se apropien de nuestros lugares.

—No puedo creer que les tengas miedo.

La respuesta me dejó perplejo y será para siempre mi motivación como escritor. Con gesto de total desprecio, dijo:

—No es miedo... es odio.

PERSISTENCIA

Él apretaba mi mano mientras me gritaba:

—Dejame morir. ¡Por favor, dejame ir!

El cáncer había transformado a un hombre bello y fuerte en un esqueleto de ojos saltones que se contraía en un dolor inimaginable. Las drogas y sedantes ya eran totalmente inútiles. Sólo quería terminar, que lo dejara morir.

Pero no pude. Ese amor que nos había unido, tan intenso, tan increíble, no me daba elección. Lo quería conmigo. Nos conocimos en la adolescencia y nos amamos desde entonces. Durante treinta y dos años estar juntos fue la mutua felicidad y siempre sentí que éramos un solo ser, único e inseparable.

Por eso apretaba su mano con todas mis fuerzas y seguí haciéndolo hasta que los enfermeros me obligaron a soltarla. Pero fue sólo la materia porque, en realidad, este sentimiento que me desgarraba mantuvo su ser apretado a mi mano. No podía soltarlo.

Así que me lo llevé conmigo, a mi lado y así lo mantuve. Lo que quedaba de él y que sólo yo percibía luchaba por soltarse. Al parecer no entendía que yo no podía estar sin él.

La primera vez que sentí el tirón, me caí y me quebré la muñeca. La siguiente, un tobillo. Pero el lazo que yo trenzara con mi amor era más fuerte y seguí arrastrando su ser a mi lado. Año a año siento que su furia aumenta, su deseo de separarse de mí se me hace evidente. Pero no lo soltaré, no puedo vivir sin su presencia. Es por eso que mi cuerpo se consume, se quiebra. Mi piel se vuelve cartón, mis huesos de cristal.

Mi familia se desespera, me pasan de un médico a otro de un sicólogo al siquiatra. Y yo no me opongo, porque jamás entenderán que el amor puede más que los doctores... puede más que la muerte.

Así me deshago, célula a célula, sosteniendo su esencia. Un ser que sólo yo veo y que se torna más agresivo cada día... no me importa, lo sigo amando.

Hoy me habló cuando estaba casi dormida, me dijo que iba a devorarme. Fui feliz a pesar de notar su furia. Sólo me inquieta un presentimiento: que, cuando finalmente yo muera, él me abandone y lo pierda para siempre.

SOÑADOR

Ella lo visitaba en sueños. Era la mujer que amaba y con la que se sentía feliz.

No era particularmente bella y él podía dibujar cada una de las líneas de su rostro, la tersura de su piel, el calor de su cuerpo. Era la mano que contenía la suya en momentos críticos; el perfume que subía de su almohada humedecida de lágrimas secretas, el regazo donde apoyaba la cabeza cuando ya no resistía el cansancio, el origen del sudor relajado de un sueño cálido y sensual. Era todo y era secreta.

A veces desaparecía por largos períodos, cuando él salía a beberse la realidad. Al volver, nunca tenía reproches. Era su seguridad y consuelo.

Con ella cruzó la adolescencia, la juventud, la madurez.

En algún momento la vida se le hizo plena y ella se volvió molesta, la consideró un flaco recurso infantil. Luego, las crisis, la presión de la lucha diaria lo volvieron amargado y la odió, quizás porque ella intentaba llevarlo a un mundo de placer. Así que una noche, dolido y totalmente borracho, la llenó de insultos y la expulsó de su vida de ensueño.

Mucho tiempo... luego la vejez llamó a su puerta y le dejó una soledad oscura y silenciosa. Comenzó a llamarla. La buscó en sus sueños. La convocó con ruegos, llantos, alcohol, drogas... Ella no volvía. Ya no buceaba en sueños, la invocaba despierto a toda hora, delante de cualquiera.

El clamor llegó a la familia y, luego de un período de juntas y discusiones, lo internaron en una institución. No le importó demasiado, buscarla era su único propósito, no interesaba el lugar donde estaba despierto, sólo necesitaba adentrarse en el sueño. Le pidió perdón una y otra vez... hasta una noche luminosa, en que la vio venir desde el borde de su conciencia. Igual que siempre, joven, tierna, dulce...

Lleva ya dos años en coma... nadie entiende por qué sonríe.

ANTES

—Yo te conocí hace mucho. Antes eras una buena chica —me dijo la vieja que estaba atendiendo y me dejó perpleja.

Yo no puedo recordar a todas las personas que atiendo de lunes a viernes. Tampoco tengo obligación de ser simpática. Trato de ser amable, no me sale muy bien. Estoy harta de atender uno tras otro, cada uno con un reclamo, la mayoría me quiere contar sus problemas... bastante tengo con los míos para escuchar los de ellos. Mis compañeras nos miraron con una expresión indefinida que preferí ignorar. Le di las liquidaciones a la mujer y le indiqué las cajas para que pagara la deuda. La cajera es nueva y todavía tiene espíritu para escuchar estupideces. Pero algo quedó resonando dentro mío.

Ya en mi casa, recordé el incidente. Me había quedado grabado con todo detalle, como una película o una música, de esas que se te pegan y que una no puede dejar de tararear. Seguí con ese asunto martilleando en mi interior. Han pasado varios días y no me la puedo sacar de la cabeza.

Antes... recordé los últimos doce años, mi divorcio, la muerte de mis padres, la partida de mi hija... Todo clavado en mi interior y ardiendo. Claro que antes era otra, no una buena chica, sino una idiota o una romántica. Hasta el trabajo me gustaba, creía en la gente, en el amor y esperaba mucho de la vida.

Antes era un tiempo que se había borrado junto con mis sueños, mi alegría. Todo lo que había perdido con cada frustración. En ese entonces creía que algún día, la vida iba a cambiar; que conocería la felicidad. Una felicidad completa, permanente, no solamente instantes tan mínimos que ni siquiera me endulzaban los labios. Pero había sido una espera inútil.

Con el tiempo, me corté el cabello, cambié el jean por ropa formal, cumplí con mi trabajo, conseguí ascender. Y también me volví amarga y malhumorada. Exigente con todos, intransigente. Con una total indiferencia hacia lo que pensarán, lo que les

sucedía, a sus necesidades. Todos tomaron distancia. Mi hija, lo único que aún me definía como humana se fue a vivir a Japón, casada con un hombrecito al que no le parecía importante, pero sí caro, el mantener el vínculo familiar. Fue lo que necesitaba para transformarme en lo que soy, una amargada perra que no disimula su odio a todo y todos los que la rodean.

Es verdad lo que dijo la vieja... antes era una buena chica... antes...

PASIVIDAD

No sé por qué soy tan pasiva y vuelvo a este departamento. Sé que ella me odia y el estúpido de mi hijo se hace el que no ve.

No puedo comer una fruta sin que me lo reclame. Lo que como o bebo lo compro, para que no me diga nada. Todo el tiempo me siento mal. Una intrusa, eso siento.

Ayer me puse a secar la cerámica de las paredes del baño luego de darme una ducha, sólo para que todo quedase perfecto. Me miré al espejo antes de ir al dormitorio y vi a una idiota frente a mí, una mujer con cara de asustada. Me odié. La odié.

Ella tiene para cosa un lugar y anda detrás de mí, reacomodando todo lo que toco... No puedo más. Ya no aguanto la situación. Vengo desde tan lejos, una o dos veces al año, sólo para ver a mi hijo y, esos pocos días, soy una prisionera, una presencia no deseada. Siempre en falta. Siempre culpable.

Ahora cerraré la maleta y, como siempre, me iré al tercer día con una excusa tonta. Mi niño llamará un taxi pues a ella no le agrada que saque el carro si no es para ir a la oficina o para llevarla de compras...

¡Maldita sea! Le dije que no se casara cuando llegó a casa con el rostro cubierto de arañazos. Igual lo hizo y, peor, le contó lo que le dije... Ahora soy una paria sin hijo.

Me despedirá con un beso mínimo en la mejilla, hace más de dos años que no me abraza. Debo recordar dos cosas importantes: la primera, que no debo llorar en el taxi porque los conductores se asustan cuando me ven así; la segunda, que no voy al aeropuerto como ellos creen, sino al pequeño hotel donde me escondo todos los años. Un lugar barato en el que paso el tiempo que me resta, el tiempo que ella siempre me roba. Días que paso llorando, desgarrada por este hijo que me ha cambiado por su mujer.

Juro que no volveré... eso digo todos los años... esta vez me prometo que cumpliré. ¡Lo juro!

SOMBRA

El sol lo despertó en el dolor y la violencia de siempre. Luchó con su cuerpo dolorido y la cabeza pesada que le dejara el alcohol. La luz le traspasaba el cerebro y parecía que los ojos iban a reventarle en los puños mientras se los apretaba. Alcohol y mugre. Soledad y odio.

Ese era él, el abandonado de la vida. El que odiaba. Tenía un rencor largo... demasiado largo. Demasiado pequeño era cuando lo marcaron los cintarazos de su tío y los escobazos de una mujer loca que decían era su abuela. Su madre era la ausencia, el odio del abandono.

A los diez ya era el cabecilla de la bandita del barrio, robando, golpeando a los más chicos, escondiéndose de los extraños y de su familia. A los doce lo metieron a los empujones en el hogar de menores con una condena de ocho meses por hurto con arma blanca. Sólo para eso le había servido el cuchillo pequeño que había robado de su casa el día que se fue para siempre sabiendo que no iban a ir a buscarlo y que era un alivio para esa gente que le había repetido hasta el cansancio que lo tenían de lástima porque su madre se había ido sin él después de parirlo a escondidas en la pieza del fondo, luego de un embarazo ocultado sin piedad bajo una feroz faja de lienzo.

En el “hogar” le enseñaron que no era el más malo. Lo violaron, lo golpearon y lo terminaron de formar para un futuro de calle y desahogos de sangre. Y salió listo para tragarse el lado oscuro mundo.

Se ganó el apodo de Sombra porque no había nadie como él para deslizarse por patios, jardines y murallas para entrar a las casas que marcaban sus compañeros. Lo respetaban y le tenían miedo, sobre todo desde que le marcó el cuello al Melchor, que se las daba de ser el más macho de la villa. Ahora era fuerte y callado, los miraba fijamente y le divertía verlos ponerse incómodos. No tenía códigos ni amigos, estaba solo contra todos... y le gustaba.

Se sabía marcado por la policía y eso lo hacía sentirse importante, más cuando el tiempo pasaba y no podían agarrarlo. Ya había pasad los dieciocho, lo que significaba la cárcel entre hombres rudos, cosa que no era muy alentadora.

Cuando entraron a la casa de los ricos del auto importado, la alarma silenciosa hizo que la guardia los pillara dentro de la casa, fue una proeza, salió por una ventana y se acostó en el techo durante horas, Todos sus secuaces fueron detenidos y pero a él no lo vieron. Se convirtió en el héroe entre los suyos. No contó del miedo y la angustia que lo embargara ese tiempo interminable que resistiera escondido. En realidad, nunca contaba nada, era callado, muy callado.

El Cumpa le enseñó a tirar y le regaló una pistola. Era vieja y se trababa seguido, pero con ella estaba listo para cualquier cosa.

Su vida siguió un camino sinuoso, violento. El alcohol se volvió su compañero. Le permitía dormir sin sueños, sumergiendo los recuerdos, ahogando el dolor.

Cada día era un despertar pesado, con la cabeza embotada, pero era mejor que recordar...

Después de casi quince años volvió a la casa de su abuela. Ella había muerto y allí sólo quedaba un viejo que en nada se parecía al maldito que lo golpeaba. Ahora fue él el que le dio una paliza y tomó posesión del lugar. Tenía una guarida segura, nadie en el barrio recordaba al niño abandonado. Por eso se inventó una vida.

Para todos era un trabajador del frigorífico. De noche se juntaba con su banda. Una cubierta perfecta.

Por eso se trajo a la Jimena.

La había conocido en un baile del club y se enamoró sin darse cuenta. Ella vino confiada a vivir con él. Cuando se dio cuenta de quién ere realmente quiso irse y recibió una paliza que la tuvo en cama más de una semana. Desde entonces fue

sumisa. Nadie mejor que él sabía lo persuasivo que era el miedo y lo que lograban los golpes.

Los hijos no le importaron demasiado, era como verse a sí mismo y rechazar ese reflejo multiplicado. Sólo vivieron cuatro de los siete embarazos de su mujer, todos varones. Por suerte, pensó. Las mujeres no aguantan esta vida de mierda.

Cada día era un despertar de pesadez. Pero ese mundo que se había creado lo hacía sentir poderoso, en control. Seguía odiando, pero desde lo alto de la muralla que había construido entre él y el resto...

Todo ordenado en ese universo oscuro, hasta la noche en que la banda fue cercada por la policía. Se dio cuenta que había sido una trampa cuando el Bocha, el más joven, desapareció corriendo por el patio trasero. No había forma de escapar, lo habían estado esperando y la salida era imposible. Se afirmó con la pistola y sólo pensó en que era nueva, no se trababa. Los otros cuatro también disparaban y le gritaban cosas que él no entendía.

Cuando sintió la primera bala, algo extraño le pasó. Fue como si toda esa bronca que había llevado dentro se escapara por el agujero. Comenzó a reír. Los siguientes impactos le resultaron dulces. Una sensación de paz le llenó el pecho. Se sentía bien, por primera vez en su vida. Tuvo conciencia que, sin saberlo, eso era lo que había buscado siempre, que lo liberaran del peso, de ese odio que le plantar su madre al parirlo en secreto.

Aún sonreía cuando la sombra de la muerte se juntó con su sombra y él se dejó tragar, feliz como jamás lo fuera.



PERMANENCIA

Él no es un mero recuerdo. Sigue aquí.

Parece que lo veo aquel día, cuando vino a verme ese viejo amigo y él salía de la ducha con la bata blanca a la que yo le había bordado su monograma. Creo que presintió que entre Raúl y yo había existido algo, porque lo saludó con un movimiento de cabeza y, como si nada, se metió a mi espalda en el sillón y me tomó de la cintura. Fue una silenciosa y contundente declaración de pertenencia. Raúl no pudo evitar ese gesto que yo conocía tanto: empujó sus gruesos anteojos con el dedo índice como para enfocar la escena, con tanta fuerza que pareció que se le iban a incrustar en los ojos.

Yo estaba rígida. Sentía caer sobre mi cuello las gotas perfumadas de su mojado cabello. Me besó el hombro y le preguntó algo al otro, indiferente a en su evidente incomodidad.

Hablaron de un montón de temas que realmente no escuché. Y supe que no volvería a ver a mi antiguo amor, había quedado claro de quién era mi presente y quién estaba en el pasado. Me apenó su dolor, podía sentir el corazón de Raúl cayendo pedazo a pedazo. No sabía si sentirme satisfecha por darle una lección al hombre que una vez me alejara de su vida, demostrándole que era tarde para él, o regalarle una palabra de consuelo. Pero permanecí helada, la fuerte personalidad me ataba, penetraba en mí como su perfume.

Adrián lo acompañó hasta la puerta. Yo aún no podía moverme. Cuando volvió no dijo nada, sólo me levantó en sus brazos y me llevó a la cama.

Así era él... por eso no se va.

Cada noche está en mi cama, hacemos el amor, me acaricia, me duermo sobre su pecho. Suelo sentir su cabello mojado en mi cuello.

Aún estamos juntos... la muerte no pudo separarnos.

PAGO

—Buen día, Ely. ¿Tomamos unos mates?

—Si vas preparar sí, yo no me puedo levantar del sillón, me duele muchísimo la cintura, también la cabeza.

— ¿Te tomaste algo?

—No tengo nada, solamente una aspirina. Poné la pava y hacé unos mates para que me pase un poco.

—Yo preparo el mate si querés, pero mejor te acompaño a la salita.

—Ni loca, no voy a dejar que esa mujer me toque, no soporto ni que me mire.

— ¿La Mariana?

—Esa, prefiero morirme antes que pedirle algo a esa mala hembra.

—Pero no sabía que estaban peleadas, y no hay otra que te pueda dar remedios.

—Claro que sí, está la curandera. Doña Rosita siempre te da remedio yuyo.

—Eso es vivir en el pasado, mejor vas a la sala. Aunque estén peleadas no puede negarte un remedio.

—No estamos peleadas, es que ella... es que vos sos nueva por acá. Por eso no sabés.

— ¿Nueva?

—Bueno, viniste a vivir al pueblo hace unos años.

—Quince, así que no tengo nada de nueva.

—Sí, pero no sabés muchas cosas.

—¿Como qué?

—De la Liliana, por ejemplo.

—Sé que hace muchos años está encargada de la salita.

—Mirá, ella era una chica muy linda. Todos los muchachos le tiraban el lazo. Ella nada, quería ir a estudiar a la capital. Habrá tenido unos diecisiete o dieciocho, y el padre la cuidaba como un tesoro... pobre viejo.

—No entiendo.

—Por aquel entonces vino un médico al pueblo. ¿Viste que la sala tiene pegada la vivienda?

—Claro, donde vive la Liliana.

—Bueno, ahí se instaló el médico con su mujer y un nene que habrá tenido dos años en ese entonces.

—¿Un médico?

—Sí, teníamos un médico de verdad. Hace mucho... ese doctor puso locas a todas las mujeres del pueblo.

—Pero era casado...

—Pero era médico. Y la mujer era antipática y no se daba con la gente del pueblo, se notaba que estaba a disgusto y que se quería ir de acá.

—Así es la gente de ciudad

—Y sí, así les va. La cosa fue que a la Liliana le llevó dos meses para que él se volviera loco por ella. Le consiguió el puesto de ayudante en la sala y, según dicen, el título de enfermera del que tanto se manda la parte ahora.

—¿Y la mujer?

—Ni enterada, Agarraba el auto y se iba a la ciudad a hacer compras y, muchas veces, se quedaba varios días allá.

—Era tonta

—Qué sé yo, la muchachita se instalaba en la sala y decía que dormía en la cama de los enfermos, pero no era cierto, por supuesto.

—¿Y el padre de ella?

—Andaba como loco, muerto de vergüenza. Pero no podía con su hija, ella era salvaje, en esa época mostró las uñas.

—Entonces... ese hijo que tiene...no es del doctor.

—No. Una tardecita volvió la mujer sin avisar y los encontró. No tenés idea del escándalo. Los gritos se escuchaban desde la ruta y eso que queda casi a ocho cuadras; pero viste, acá es muy silencioso y todos estaban escuchando el griterío.

— ¡Qué barbaridad!... y... ¿qué pasó?

—Que en unos días desapareció el médico con su familia. A Liliana se quedó a cargo de la salita y nunca mandaron otro.

—Mirá vos. ¿Y el chico?

—Eso te cuento después, no me apures que me duele la cabeza... El doctor se fue y, te imaginás que los tipos del pueblo la comenzaron a buscar, porque ya no le tenían ningún respeto. Pero ella seguía soberbia y no dejó que ninguno se arrimara. Todos pensaron que iba a morir soltera. Pero unos tres años después comenzó a atender a la gente de los alrededores.

—Eso no es malo, me parece...

—Y no, pero en menos de un año anunció que se casaba.

—¿En serio?

—Con Dalmasio, un viejo de casi setenta que vivía soltero y tenía la hacienda más grande de la zona. Parece que lo fue a atender porque se había lastimado feo y lo conquistó

—¿Y se casó?

—Fiesta, vestido blanco y muchos invitados de la ciudad. La gente del pueblo no estuvo invitada, salvo los que fueron para servir y después contaron todo...Una fiesta por todo lo alto. Ella se mudó a la estancia pero conservó el puesto en la sala. Dijo que era por la obra social, aunque todos pensamos que era para no estar todo el día con el viejo marido. Aunque él le daba todos los gustos. Le compró un auto y todo.

—Algunas tienen suerte.

—No te creas. Tiempo después, se supo que estaba embarazada. Su marido andaba de cabeza, feliz. Aunque en el pueblo corría el rumor de que se encontraba a la siesta con un peón jovencito que trabajaba con los Matienzo.

—La gente es mala.

—No, en estos lugares chicos, todo se ve, todo se sabe.

—Vos decís, pero hay mucha envidia.

—Lo de las visitas a la siesta no era mentira, ni envidia. Yo también vi. Le nació el chico y, al poco tiempo se dieron cuenta de que no era normal. Le echaron la culpa al padre, porque era viejo, dijeron.

—No era para creer, porque viste que por estos pagos, los hombres siguen teniendo hijos por más viejos que sean, cambian de mujer nomás.

—Decime a mí, que mi marido se fue con la Bony ya hace tres años... hijo de puta, ahí anda pavoneándose porque tuvo mellizos...

—Así son. Por eso había muchos comentarios y porque el peón desapareció sin avisar.

—Así que se quedó con el viejo y el hijo raro.

—Bueno, parece que le llegó la historia al viejo. Y se puso a hacer su propia investigación. Unos dicen que estaba convencido de que el chico no era suyo. También dicen que el peón no desapareció nomás, sino que lo mandó matar y lo hizo enterrar en el monte, en su campo. Muchas cosas se dijeron.

—Dijeron, dijeron... pero ¿qué pasó?

—Que el viejo Dalmasio se enfermó, grave. Otros dicen que ella fue la que lo envenenó... Pero nada se pudo probar. Lo que sí pasó es que el tipo se iba mucho a la ciudad, hasta que quedó postrado y ya no se levantaba de la cama. Ella lo atendía.

—¿Y?

—Que se murió nomás.

—Esas malas hembras tienen suerte.

—Eso creímos todos. Pero, después del entierro, llegaron unos abogados y le comunicaron que todas las propiedades habían sido transferidas a un hijo oculto que el Dalmasio había tenido en su juventud.

—¿Un hijo?

—Sí, un hijo sano y muy lindo, yo lo conocí.

—Por eso sabía que el otro no era suyo.

—Sí, eso dicen, aunque andá a saber, en esos tiempos no habían esas pruebas que hay ahora. Pero la Liliana se quedó sin nada.

—Por eso sigue de encargada de la sala.

—Sí, es su castigo.

—Muy duro el castigo, su hijo ya tiene como veinte años y cada vez está peor...

—Así se paga... con la sangre... ¿ahora entendés por qué no voy a la sala? No quiero que me toque, está maldita. Acompañame a lo de la Pancracia, prefiero a la vieja curandera antes que esa mala hembra de la Liliana me atienda.

ASCO

Apenas pude llegar a mi casa para vomitar. Todo el tiempo lo mismo, no soporto nada en el estómago. Y el idiota del médico que me dice que tengo anorexia nerviosa. Ese estúpido que además me recomienda a una psicóloga y me manda a una loca que ya habló con el otro y me dice miles de tonteras. Me toman por idiota, como si no supiese lo que tengo. Soy yo, mi cabeza que sólo piensa en él y mi corazón que quiere volver, pero no puedo estar con el hombre que amo. En realidad, no puedo estar con nadie.

No quiero vivir con mi madre porque odio a su pareja y a los dos hijos que tuvo con ese tipo, a los que mimó y cuida como nunca hizo conmigo. Mi padre es una ausencia, un nombre maldito en papeles que sólo miro cuando tengo trámites legales. Los vomito sin pena, deshago mis lazos con ellos.

Mis amigos, compañeros, y todos los demás son sombras que me rodean y que, en el fondo, desprecio. Los expulso de mí ser junto al poco afecto que me queda.

Sólo me importa él. Él y el asco. Vuelvo a sus brazos y la armonía dura unos meses y después comienzo a enloquecerme con todas sus cosas. Me molesta lo que hace, lo que no hace; lo que dice y lo que calla. Le grito, me odio por gritarle. Cada escena es una tortura, pero no puedo evitarlo. El soporta y, finalmente, se altera lo suficiente para que yo justifique el tomar mis cosas y huir.

Me siento libre un mes, a veces un poco más... y luego todo se reinicia.

Mi vida es un asco. Estos deseos de vomitar me permiten estar delgada. Por eso sigo en la pasarela a pesar de mi edad. Aman mi cara de piedra, mis ojos tristes, mi boca que jamás sonrío. En esa línea elevada camino y me siento segura, voy y vuelvo sin preocuparme, allí no me voy a caer.

Hace días que intento hablar con él y no me atiende, no contesta mis mensajes. Tengo miedo. Terror de que esta vez no me deje volver. Él es mi pasarela a la realidad, no quiero perderlo.

Nadie me entiende. Sólo puedo caminar por esas dos pasarelas. Son mi seguro... y de ambas me bajo para descansar. No tengo ningún trauma, es sólo que no entienden a una mujer que es una modelo cada minuto de su vida.

Volveré con él... no importa cuánto me cueste... no puedo romper el círculo. Estoy vacía... y soy perfecta.

CHURRERO

El tipo que vino a verme parecía un paciente común a pesar de su aspecto. Era bajo, apenas me llegaba al hombro y tenía ese cuerpo robusto que caracteriza a los mineros. Pero sus piernas cortas y la poblada barba me hicieron recordar a los personajes de Blancanieves. Traté de que no se me notaran las ganas de reír. Ganas que se me esfumaron cuando comenzó a hablar.

Con una voz profunda como caverna, me dijo:

—Doctora, tiene que ayudarme, me persiguen los demonios.

Quedé helada.

Los hombres de las minas eran raros, algo a lo que había tenido que acostumbrarme, pero éste se llevaba el premio.

Yo estaba en ese lugar remoto huyendo de un exmarido acosador; alejarme miles de kilómetros fue la única solución que encontré. Un amigo de mi padre me ofreció el cargo, sabiendo mi situación y prometiendo guardar celosamente mi nuevo domicilio en secreto. Sólo por eso me encontraba allí. Porque ser mujer en ese mundo de hombres era difícil. Ni el título de médica me servía demasiado. Vencer el escepticismo y la desconfianza me había llevado casi un año.

Y ahora esto... un loco.

Puse mi mejor cara de profesional seria y, con un tono impersonal, le pregunté cómo era el asunto.

Él comenzó como sus compañeros, con reticencias. A ellos tenía que sacarles los síntomas con esfuerzo, a éste no lo podía callar.

Repitió:

—Me persiguen los demonios —Y siguió hablando sin parar por más de una hora.

La cosa era que no podía dormir hacía tiempo porque tenía pesadillas donde los muertos intentaban abrazarlo y espíritus

demoníacos lo cercaban con intención de llevarlo hacia abajo, a los túneles sellados donde había cadáveres que nunca se recuperaron.

Es que era el “Churrero”, conforme la jerga minera. Tuve que interrumpirlo para que me explicara qué significaba eso. Pues era el encargado de colocar los cartuchos de explosivo previo hacer los agujeros según las indicaciones de los expertos. De colocarlos y hacerlos detonar. Me quedé unos momentos colgada pensando en el retorcido humor de esos hombres duros. Comparar con churros esas cargas mortales, increíble. Con ese oficio, un error era fatal, tanto para él como para los demás. Por eso las pesadillas.

Le receté unos sedantes, no demasiado fuertes pues no podía andar drogado detonando explosivos, pero al menos podría dormir. Y me quedé varios días pensando qué hacer con un paciente tan especial.

Cuando volvió a las dos semanas –exactamente dos días después de terminar con las pastillas– yo había diseñado un plan. No era muy catedrático, pero si algo había aprendido en los años de exilio en ese lugar alejado del mundo, era a improvisar.

Así que le conté que mi madrina era una curandera en la selva norteña y que me había pasado remedios ancestrales, entre ellos la manera de conjurar los malos espíritus que lo perseguían y espantarlos. Soporté su mirada de desconfianza y, en un tono de complicidad esotérica, le dije que tenía que venir cuando el sol estuviera por ocultarse.

Cuando llegó, yo lo esperaba con una gran cantidad de velas encendidas y un montón de hierbas diversas que había juntado al azar en el fondo de la casa. La mesa estaba cubierta por una colcha oscura y sobre ella un cuenco que le había pedido al cocinero.

Él me miraba atónito y bastante espantado. Comencé a pronunciar todas las palabras del vademécum médico que sonaran a griego o latín. En el cuenco puse alcohol, le prendí

fuego mientras seguía recitando, luego comencé a canturrear las mismas palabras mientras tiraba una a una las hierbas a las llamas.

El asombro inicial se transformó en terror y luego en algo que se aproximaba bastante a la veneración. Terminado el “ritual” lo mandé a su choza.

Dos días después, el capataz me dijo que todos los mineros comentaban la milagrosa cura del churrero... y mis facultades de bruja.

Unos meses después volví a la ciudad. Mi hermana me avisó que el tarado de mi ex se había conseguido una mujer y yo había pasado al olvido. Conseguí trabajo en una importante clínica. Mi vida se volvió genial y rutinaria...

Todo fue perfecto hasta que recibí la llamada de Marcelo, el ingeniero de la mina. Me dijo que lo disculpara pero que se sentía obligado a darme la noticia. Mi partida había traído la desgracia. El celular comenzó a temblar en mi mano, Marcelo continuó con esa precisión helada que tienen los ingenieros; además, yo sentía que bajo el frío relato había un rencor latente. La cosa era que mi paciente había recaído en sus delirios nocturnos y tuvo un error en la carga. La explosión fue prematura y él, junto con veintiséis mineros fueron enterrados por toneladas de roca...

Retorné a mis tareas en silencio, Todo a mi alrededor parecía borroso y sin importancia, No podía quitarme de la cabeza la imagen de aquel hombrecito obsesionado. Estuve angustiada hasta que llegó la noche, fue entonces que mi mundo se deshizo,

El sueño... el sueño. Si pudiese dormir sin pesadillas... ahora es a mí a quien persiguen los fantasmas.

MARTILLO

Todo por mi maldita curiosidad. Siempre ha sido así, desde pequeña me metí en un montón de líos por ser demasiado curiosa. Mi madre decía que siempre metía la nariz donde no debía, mi hermana lo decía de una manera mucho más vulgar.

La verdad es que nadie entendía que siempre trataba de ayudar, tenía buenas intenciones, aunque la mayoría de las veces terminaba mal. Fui y soy una incomprendida.

Y no soy alcahueta, ni chusma, como dicen las mujeres del barrio, soy comedida, no cuento lo que veo o sé. Y, la verdad, es que sé mucho de todos, en mi barrio, en la oficina, como antes en el colegio... sé y no cuento, porque si contara...

Por eso no pude resistir cuando vino el vecino nuevo. Me puse en la tarea de saber quién era, de dónde venía.

Era un hombre alto, bien plantado, canoso, con unos bellos ojos color miel y solitario. Valía la pena saber un poco, más aún desde que mi última pareja me dejó hace cinco años, tercer intento fallido, malditos hombres insensibles.

El nuevo no salía mucho y nadie parecía saber nada de él ni de su familia. Y eso que la ciudad es chica. Seguro venía de otro lado.

Me puse en campaña. Iba a la misma hora al almacén, a la panadería, le sonreía, lo saludaba. Intenté hablarle y él sólo bajó la cabeza y no emitió palabra. Al mes estaba frustrada.

Entonces comenzó con el martillo. Era un golpeteo constante durante largas horas, supuse que debería estar arreglando las habitaciones, colgando cuadros. Mañana y tarde los golpes retumbaban en mi casa, su fondo lindaba con el mío y parecía que el patio era su lugar de trabajo. Eran muchos cuadros. Días y días sin pausa, no sólo me intrigaba, ya era molesto.

La cosa empeoró cuando incorporó la noche a sus costumbres de labores. Ya no me dejaba dormir.

Consulté con las vecinas, pero parece que no les llegaba tanto el ruido como a mí, sus casas estaban más separadas o mis oídos eran más sensibles. Me estaba volviendo loca.

Esa fue la razón principal por la que la otra noche me asomé a la muralla. Puse la escalera en la esquina para que fuera segura, bajo el limonero que me debía cubrir lo suficiente para espiar sin riesgo.

Entonces lo vi, estaba clavando un ataúd. Es un funebrero, pensé, fabrica ataúdes. Y, en ese momento, para mi desgracia, el féretro resbaló de los dos caballetes sobre los que se apoyaba. Se abrió al caer y rodó fuera un cuerpo mutilado. Tuve un sobresalto que casi me hace caer de la escalera y una rama del limonero me arañó el brazo. Debo haber gemido o algo, porque él miró en mi dirección, aunque no creo que me viera. Me encerré espantada y temblorosa en mi casa. No pude salir en varios días. Avisé a la oficina que estaba enferma y me quedé allí, tratando de aplacar mi angustia.

El sábado fui temprano a la panadería. Llegó a los pocos minutos, me miró de una manera rara. Sus ojos parecían más oscuros. Me sonrió y saludó con una inclinación de cabeza. Salí disparada, sin pan, temblando.

Ahora que estoy silenciada pienso en mi maldita curiosidad. Me arrepiento. Pero ya es tarde. Él ya comenzó a golpear los clavos de mi ataúd.

PLANCHADOS

No sé por qué lloro como una estúpida. Él me dice algo y me derrumbo, no le contesto y, cuando se va lloro.

Todo porque no le planché la camisa. Me gritó frente a los chicos:

—No entiendo, yo me deslomo trabajando y vos te quedás lo más tranquila en la casa. No te hago faltar nada y ni siquiera me planchás una camisa. Te pasas el día viendo esas novelas que dan por televisión y no hacés nada. ¡Así no se puede!

Subió los chicos al auto y se fue dando un portazo. Me quedé llorando.

Ayer, como todos los días, me levanté temprano, preparé el desayuno, levanté y prepare a nuestros dos hijos para ir a la escuela, le calenté agua para que se afeitara. Cuando se fueron comenzó el circuito diario: recoger la ropa sucia, ponerla a lavar, arreglar los dormitorios, limpiar todos los pisos, arreglar la cocina y comenzar a preparar el almuerzo. Intercalado con eso, acomodar, barrer el patio... por suerte no es otoño y no hay muchas hojas o termino demasiado cansada. Ellos vuelven después de mediodía y les sirvo el almuerzo, él se va a dormir la siesta y los chicos a jugar al parque de enfrente. A mí me toca levantar todo, lavar la vajilla y luego, planchar la ropa que pasé por la secadora. Prendo el televisor y pongo la novela, pero no la miro, más bien la escucho mientras hago todo. No puede decir que paso el día de balde por una maldita camisa que no planché.

Le dije cuando se levantó y tomó un apurado café que la plancha se había descompuesto, que la llevara al técnico, pero, como siempre, se olvidó porque, como dice siempre, tiene mucho trabajo.

Y ahora que me grita como si yo fuese una inútil.

Cuando vuelven, los chicos tienen la merienda lista. Él viene a la noche y la cena está servida, la ropa de los chicos preparada para el día siguiente, los deberes hechos... todo bien.

Entonces... ¿por qué lloro y me siento una inútil?

Mi hermana dice que soy una tarada, que no puedo dejar que me trate así. Yo pienso que es tarde, que es mi culpa. Porque dejé los estudios, no conseguía un buen trabajo y, después, me casé joven, embarazada. Tuve que olvidarme de mis sueños. Me pareció genial que él me dijera que no trabajara, que él era el hombre de la casa y nos iba a mantener. Me siento feliz en mi casa, tengo un bello jardín. Mi casa reluce y es la envidia de amigas y vecinas. Es mi mundo perfecto.

Pero a él le basta con una camisa sin planchar para destrozar ese mundo que yo construyo con tanto esfuerzo. Cuando venga y esté más tranquilo vamos a hablar. Tiene que escucharme, entender...

Uy, se me fue la hora, mejor me pongo a cocinar o no llego. Le voy a pedir prestada la plancha a la vecina... a lo mejor el domingo le preparo unas masitas y podemos hablar de esto.

VERRACO

Yo soy un buen tipo, entendeme. Soy bueno, pero no un dulce corderito. Tengo carácter, si no, no hubiese podido ser capitán de un barco con más de veinte personas bajo mi mando. Te lo explico bien, pibe, para que no me busques las cosquillas porque me vas a conocer. Yo me manejo bien, aprendí a tomarme las cosas con calma, pero no te engañes conmigo. Me tomó años de terapia ser como soy ahora, que no peleo con nadie, que odio las discusiones.

Te digo todo esto de entrada, para que no tengamos ningún cruce que se ponga violento. ¿Me entendés? Las cosas claras.

Vos estás acá conmigo, en el barco porque tu mamá me rogó. Sabés que ella estudió con mi hermana y nos conocemos de toda la vida. Por eso nomás acepté que me acompañaras. Hace cinco años que ando solo, tranquilo; el mar, el barco y yo, los tres nomás.

Tu mamá me pidió por vos, y yo ya sé lo que pasa: tenés diecisiete años y no hacés nada, nada más que macanas. Quedate sentado y no pongas cara de malo, conmigo no te va a servir. Acá vas a aprender a ser hombre, un buen hombre, un hombre de mar. Todavía hay tiempo para enderezarte y yo de eso sé mucho, porque empecé a los catorce.

En ese entonces era un desastre, como vos, había dejado el colegio y mi padre me embarcó con él en los barcos de pesca. Mi padre era un hombre duro y me puso de aprendiz. Me hicieron de todo, darme los trabajos más infames, las bromas pesadas, engrasarme el asiento, desarmar la litera, ya ni sé todo lo que me hicieron. Mi padre no se metía, quería que me volviera duro como él.

Él era un verraco, un verdadero hombre de mar, todos lo respetaban y, muchos, le temían. Así me formé y antes de los treinta ya era capitán. Sí, de un barco de cuarenta y cinco metros de eslora, ¿te imaginás?

Ahora que voy a cumplir cincuenta, prefiero pescar solo y tener mi propia ganancia; no es mucha, pero mi vida es tranquila y lo que gano me basta. Antes juntaba mucha plata con la pesca, hacía todas las temporadas, pero eso solamente me trajo amarguras y problemas. Por eso ando solo.

Vos estás acá solamente por tu mamá, así que más te vale que te comportes y me obedezcas. Yo te voy a sacar bueno. Como te dije, no me busques y yo no me encabrono. No sé qué habrás escuchado de mí, pero ya vamos a tener tiempo para aclarar las cosas. Eso es lo bueno de este oficio, te da mucho tiempo para pensar, para hablar, para escuchar...

Claro que tengo muchas historias, prepará unos mates y te cuento.

Sentate y cebá, yo voy a reparar las redes, vos mientras me das los mates fijate bien cómo se hace, la próxima te va a tocar a vos lo de las redes. Te voy a contar lo más fuerte que viví. Fue en el mar del sur, te podría dar las coordenadas exactas pero vos de eso todavía no sabés nada. En ese entonces yo ya llevaba casi diez años de capitán en una empresa naviera. Habían cambiado el motor y salimos a alta mar. Como te dije el otro día, era un barco importante, medía casi media cuadra. Yo ya era un capitán reconocido, joven, pero con mucha experiencia. Mi segundo era un tipo mayor, de más de cincuenta; estaba muy molesto porque siempre pensó que, cuando el viejo Martín se jubilara, él lo iba a suceder. Pero me pusieron a mí a cargo del barco y eso lo tenía bastante envenenado. Tenía una manera taimada de hacerme la contra; lo hacía de forma disimulada, pero yo tenía muchos años en el agua para que me engañara. Le decían el Turco y era jodido como una araña venenosa.

La cosa es que le cambiaron el motor al barco, como te contaba, y le pusieron otro más liviano, pero no lo lastraron. El Turco y yo llevábamos ya dos años navegando juntos con ese

tira y afloje. No teníamos idea de lo de la diferencia de peso, pero cuando tiramos las redes comenzó a escorarse... ¿Cómo que no entendés, alcornoque? Escorar, comenzó a ladearse a babor, a inclinarse cada vez más hacia ese lado. A la izquierda, pendejo tonto, no sé cómo te subís a un bote y no sabés nada. Seguí con el mate.

Los marineros caían al agua. Soltamos la balsa y corrimos con el Turco hacia las redes, los dos sabíamos que la única forma de salvarnos y salvar al barco era cortarlas. Y eso no era moco de pavo, las redes no son débiles, precisamente. Además, teníamos el agua hasta el pecho y era muy difícil avanzar.

Cada uno llevaba un hacha, pero el agua era como una pared líquida y había que cortar los dos líneas principales para que se desprendieran. Yo la de estribor, el Turco la de babor. El equilibrio era difícil con el barco ladeado. Yo corté primero mi lado y fui para ayudarlo, entonces el Turco hizo un movimiento raro, como para darme con el hacha, o empujarme. Yo le pegué un manotazo y me afirmé contra el mástil. Él pasó a mi lado como una bala, el agua pareció levantarlo unos segundos, luego el mar se lo tragó. Por un segundo pensé que iba a seguir ese mismo destino, pero sentí como si una mano, algo divino, se me pusiera en el pecho y me frenara, si no hubiera caído como el otro. Sólo atiné a terminar de soltar la red, al fin y al cabo eso era lo más importante. El barco se enderezó y la tripulación pudo volver. Al Turco lo devolvió el mar una semana después.

A la tripulación le expliqué lo que había pasado y que algo superior me salvó, y al mismo tiempo salvó al barco. Entendieron, la gente de mar sabe de esas cosas, si uno no cree en algo que lo proteja, está perdido; el mar es como un dios con un carácter cambiante, bipolar como dicen ahora... y, si quiere te salva, si no, te mata.

La investigación de los prefectos se cerró como debía. Claro que hubo una investigación, es una regla cuando pasan esas cosas. Como te decía, la Prefectura dictaminó que había sido un accidente, todo como consecuencia del cambio de motor.

La compañía le hizo juicio a los talleres y yo quedé liberado de toda culpa. Al Turco lo enterramos, te quiero decir que lo poco que dejó el mar, lo pusimos bajo tierra; no te sonrías, para nosotros, lo ideal es que te tiren al mar; pero con tantas leyes y estupideces, tenemos que podrirnos en tierra, eso no nos gusta. Así fue, yo no tenía ninguna responsabilidad... o al menos eso decían los informes, igual yo dejé el barco y comencé a navegar solo... es que no me podía olvidar de la cara del Turco cuando pasó junto a mí. Andá calentá el agua y cambiá la yerba.

No me interesó lo que se hablaba en la costa, esa gente no nos entiende. A vos tampoco te tiene que interesar. La verdad es que yo sentí que las cosas habían cambiado. Por eso me compré este barco chico para mí nomás, sin otra tripulación que mis fantasmas. Ya había muerto mi padre, estaba bien con el mar...

Claro que ya no ganaba como antes y eso la volvía loca a mi mujer que estaba acostumbrada a vivir con lujo. Todos esos años ella gastaba a su gusto, nunca le alcanzaba la plata y eso que yo ganaba un montón. Era una perra.

No me mires así, quién sabe lo que te contó tu mamá, las mujeres se cubren entre ellas. La mía no me dio hijos, y crió dos perros. Quería a esos dos bichos más que a mí, por eso te digo que era una perra. Cada vez que llegaba a mi casa, después de tres o cuatro meses de embarcado, me hacía una historia. Pero, mientras estaba en el mar no me hacía ni una llamada, no le interesaba, sólo me mandaba un mensaje cuando no le llegaban las transferencias. Yo llegaba y, en lugar de cariño, recibía exigencias y quejas. Mientras, sus dos doberman destrozaban la casa, se masticaban los muebles; no te imaginás el olor que había por todos lados, a perro y sus inmundicias. Ellos eran los dueños y yo el perro, pero el perro que ponía la plata. Para mí sólo tenía reclamos, reclamos y más reclamos. Así que imaginate cómo se puso cuando comencé a ganar poco. Me trataba peor cada día... por eso reventé.

Y, bueno... no me di cuenta de lo que había hecho hasta después, cuando la policía me mostró las fotos que le tomaron

en el hospital. Yo no me acordaba. Pero ella usó eso para buscar un abogado y conseguir quedarse con todo, casa, plata en el banco... Seguro te contaron. También hizo que me prohibieran acercarme a ella y me mandaron a terapia. El barco lo conservé porque no le interesaba y, creo que sabía, que si me sacaba el barco la iba a matar...

Y sí, la hubiera matado. Ya te dije que soy un verraco y no tengo vueltas; no soy de doble cara como los de tierra. No me sigas contando lo que dice tu madre ni la gente de la costa, me vas a calentar y no me mido cuando me molestan. Pará ya con eso y olvidemos el tema. Ya te dije que soy de pocas pulgas, sé manejar mi carácter, pero tampoco es la pavada y vos no sabés nadar en alta mar... No abuses, seguí cebando el mate, es más seguro para los dos.



TRAVESÍA

Ilona recuerda perfectamente el día en que vino su tío, era un atardecer gris y triste. Ella tenía trece años y su hermano diez, ese día habían podido cazar dos ratas para que su madre hiciera algo de comer. Ambos estaban en silencio, eso les habían dejado las bombas, el silencio como una conciencia de estar a salvo mientras no se escuchara ningún sonido. El tío habló con su madre con mucho entusiasmo, ella no entendía demasiado, pero él le dejó a su madre unos papeles y muchas indicaciones. Pocos días después estaban en el puerto, con miles de personas, vestidos con lo poco que tenían y calzados con destrozados zapatos militares, único botín de tanta muerte.

Subieron a un barco inmenso y supo que la promesa es que se iban a un lugar donde no había guerra y, por lo que contaban, era una tierra mágica. Abrazados los tres, agrupados en un rincón, eran casi felices, porque al menos tenían dos comidas al día.

Tanta gente, cuerpos apiñados, sudor, vómitos, el olor se volvía insoportable; por eso solía salir a respirar aire fresco, a pesar de que estaba prohibido. Pero era pequeña y se escondía bajo una escalerilla de popa, donde generalmente nadie iba.

Allí estaba cuando un señor muy sonriente le ofreció una taza que ella pensó sería chocolate. Bebió un trago y el líquido le quemó la garganta, quiso escupirlo, pero la mano del hombre le tapó la boca y su brazo la tomó de la cintura y la alzó sin esfuerzo. Ella vio la puerta que se abría y vio a otro marinero que reía. Lo que vino después fue dolor, llanto y oscuridad. No supo que un anciano la puso en brazos de su madre que la buscaba desesperada, mientras con la mano le hacía ese signo mundial de silencio. Su madre la llevó a la bodega, disimulando en lo posible, la lavó y la curó. Durante una semana no pudo moverse, en tanto, todos los viajeros vigilaban con obsesión a sus hijos. Cuando le quiso contar algo, su madre también le tapó la boca

y ni ese día ni nunca más se habló del tema. Lo cierto es que el resto del viaje solo iba a los precarios sanitarios y siempre acompañada de su madre.

Llegaron y fueron recibidos por gente que hablaba un idioma extraño, que no entendían los extraños caracteres del papel que llevaban, que intentaban saber sus nombres. Cuando dijo el suyo, una voz de hombre cansado dijo:

—Elena, y así figuró para siempre en los papeles.

Su apellido, que tenía siete consonantes y una vocal, fue registrado como Sims, al igual que su madre y hermano. Le colocaron nacionalidad Checoslovaca que parecía que era la única que conocían pues todos fueron inscriptos así.

Un grupo, todos originarios del mismo pueblo, fue alojado en unas barracas cercanas al puerto, donde los atendieron durante unos días, a medida que venían camiones donde eran cargados como ganado para llevarlos a su destino. Ella había dejado de hablar desde aquel día oscuro y, realmente nada le interesaba mucho, además, esa no parecía una tierra mágica ni mucho menos. En su interior, estaba convencida que los llevarían a los hornos como los que había cerca de su aldea, de donde venía ese olor tan horrible. Pero, en verdad, ya no le importaba morir.

Fueron muchos meses de vagar en grupo de un sitio a otro, aprendiendo palabras como pan, comida, y otras necesarias para sobrevivir. La gente no era mala, pero se mantenía a distancia, si bien les daba ropa, calzado y mantas. Al cabo de unas semanas, los subieron a un tren y Elena, ese nuevo nombre que no reconocía, pensó que el destino fatal de los hornos había llegado.

Pero no, luego de una larga noche de angustia, los llevaron a un lugar verde junto a un río manso y bello. El cielo era azul y estaba lleno de árboles y pájaros. Un intérprete les dijo que allí había un pedazo de tierra para cada familia y los ayudó a acomodarse, mientras los pobladores se presentaron para ayudar en la construcción de una cabaña precaria. También les

dieron algunos enseres de cocina. Su madre parecía la mujer más feliz del mundo, ella miraba todo con desgana, esperando que aparecieran los soldados para ametrallarlos o los marineros para volver a violarla.

Nada de eso sucedió y las cosas se fueron volviendo normales, aunque las pesadillas no la abandonaron, ni entonces, ni el resto de su vida.

Y continuó transitando los días, siempre extraña para todos. Con su lengua trabada por la mezcla de idiomas, su aislamiento, el ceño fruncido y su evidente desconfianza.

Con los años, sus padres conocieron a un hombre bueno que aceptó casarse con la hija. Ella no discutió, le era indiferente. Su esposo se resignó a que no le interesara el sexo y lo dejara hacer como si fuese un ser artificial, ausente.

Él la llevó a una ciudad junto al mar y le dio un hijo. Esta vez sí pudo conmovirse y salir de la coraza, pero la alegría no duró mucho, el niño enfermó y se le fue a los cinco años. Su tumba recibió el pequeño cuerpo y los últimos girones del alma de Elena.

Pusieron una tienda, le fue fácil aprender el oficio y a su marido le fascinó lo buena que era para pelear precios y lo incansable que se mostraba en el negocio. Ella no era feliz, pero encontraba que, por primera vez, su vida estaba organizada, rutinaria, sin altibajos.

Todo bien hasta el día en que, a la hora de cerrar entraron dos hombres y los enfrentaron a una pistola. Ella, de modo casi inconsciente, se abalanzó hacia ellos; en esas dos figuras veía los fantasmas del pasado, al violador, a los marinero, a los soldados, a todos los malditos que alguna vez conociera. El culatazo la derribó, dejándola inconsciente. Al despertar, la humedad del piso la hizo resbalar. Tardó unos minutos en entender que era sangre y que el cuerpo de él estaba tirado a sus pies.

Gritó.

Fue un grito interminable, intenso y fuerte. Era el alarido que conjugaba todos los que había tenido que contener detrás de la mano de su madre, todos los gritos de su vida reunidos en uno, agónico, intenso.

Y siguió gritando.

Aún lo hace, encerrada en ese lugar blanco. La gente apenas recuerda a la gringa loca. El mar, inmutable, ya ha olvidado a aquella niña que una vez trajera. Ella, sólo grita y va borrando de su mente los recuerdos, todo se va en ese sonido que guardara casi toda su vida en el pecho y el vientre.

Cuando calle, estará en paz.

ESCRIBA

Siempre había querido ser escritor. Pero no uno cualquiera, el mejor. Estudió, asistió a la universidad a la carrera de letras, se inscribió en talleres. Nada servía. Un profesor le dijo que eso no era lo suyo y la sentencia lo llevó a encerrarse casi un año en su casa, además de odiar al insensible maestro.

Siguiendo en la brecha, consiguió trabajo en el periódico, allí podía poner en línea palabras en textos urgentes e insustanciales; pero esa mínima tarea le calmaba un poco la ansiedad. Inevitablemente, cada noche intentaba crear algo y las hojas arrugadas se amontonaban en el cesto de basura. Se sentía un mero escriba, alguien que dibujaba fonemas sin sentido alguno, una sombra detrás de hojas de periódico, papeles que serían destinados a finales infames.

La llegada de la información digital lo terminó de amargar, ahora era un mínimo impulso eléctrico perdido entre millones en un universo imaginario.

Así llegó a visitar los sitios olvidados y umbrosos; allí aprendió conjuros antiguos. Tenía una idea clara: si tuviese la facultad de plasmar instantáneamente el pensamiento, podría escribir obras geniales, sobre todo esas historias fantásticas, esas que se le ocurrían unos segundos antes de adentrarse en el sueño. Y realizó el conjuro en un atardecer muy rojo.

Al año ya era conocido y había ganado varios premios. Las ideas se escribían a sí mismas, estando él casi en trance. Sus ideas y la de todos los seres que se acercaban a él. Ya no tenía tiempo de descansar, ni de comer, su mente no podía desconectarse. Su cuerpo decaía, la fiebre era intensa, pero la mano no se detenía.

Los médicos dijeron que fue el estrés, los forenses que la desgracia hizo que, al desmayarse, la pluma se le clavara en el medio de la frente y se enterrara hasta el cerebro. Todos coincidieron

en que el aparato fallaba pues mostraba flujos eléctricos horas después de establecida la muerte. Lo más extraño fue que, en ese momento, todo que lo escribiera se desvaneció, así como su memoria en el recuerdo de los hombres... Las musas suelen ser muy vengativas.

MORTAL

Se me escapa la vida por el orificio del corazón. Me aprieto el pecho con la mano mientras me desplomo en cámara lenta. Siento a la sombra pintándose la cara. Se me va el último suspiro. La oscuridad se cierra.

Nadie me ve. Todos pasan de largo.

Es imposible que comprendan que una palabra mata igual que una bala.

SOBRE LA AUTORA



Blanca Salcedo: de Formosa, Argentina – Escritora, gestora cultural, productora teatral y cineasta, ha publicado 17 libros de cuentos, 1 de dramaturgia, 10 de poesía y 1 novela, además de figurar en antologías nacionales e internacionales; cuenta con publicaciones en diversos periódicos. Fue ahijada literaria de Augusto Roa Bastos, quien la presentó públicamente en Paraguay. Fue convocada por el *Diario Clarín* como referente cultural, colección Argentina Pueblo a Pueblo y por el Consejo Federal de Inversiones (CFI) como exponente de la poesía del nordeste argentino. Ha recibido premios nacionales e internacionales: Gran Premio Nacional Leopoldo Marechal (1995), Faja de Honor de la Asociación de Escritores Argentinos- ADEA (2000), 1er. Premio en Poesía – Poetry Contest – PEN CLUB PRAGA – WCPoets. (2016), 1er Premio Microrrelatos – 3er Certamen Internacional Micro Literatura – Ed. Mis Escritos –Buenos Aires – Argentina (2017) y 1er. Premio en Poesía Cen Ediciones –Córdoba- Argentina (2019). Presentó su libro *Sol de Cobre* con el patrocinio de José María Castiñeira de Dios y su libro *Cuentos con Bronca* con el de Augusto Roa Bastos. Traducida al portugués, inglés, chino, mixteco, mongol y bahasa malaysia. Ha conducido/realizado programas de radio y televisión. Es productora ejecutiva de teatro, integrando el Grupo Koembá. Como cineasta fue premiada por el Instituto Nacional de Cine (INCAA) y reconocida por la crítica.

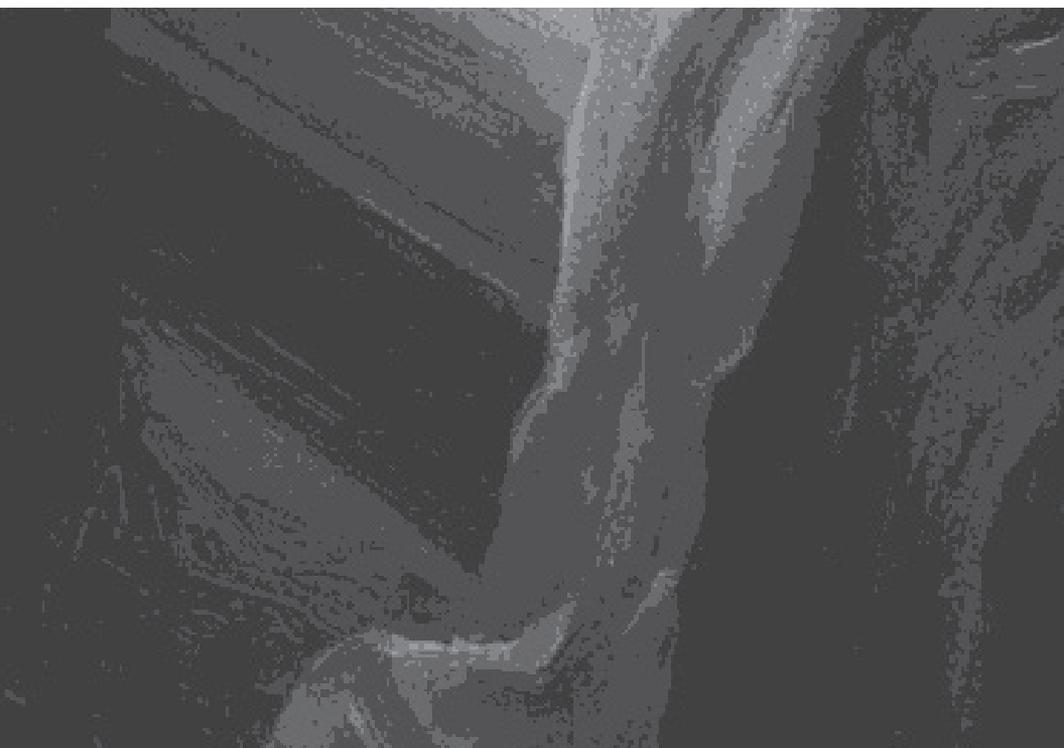


Borromes, de Blanca Salcedo, se terminó de ensamblar en septiembre de 2025. En su composición se utilizaron los tipos: Californian FB, Minion Pro, Garamond Premier Pro: 10, 12, 14, 18, 24, 30.





2025



Colección Libros Imposibles
2025